Sinesio Delgado

¡Hijo de mi alma!

Sainete en tres actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24
1925

¡HIJO DE MI ALMA!

¡HIJO DE MI ALMA!

Sainete en tres actos y en prosa,

original de

Sinesio Delgado

Representado por primera vez en el TEATRO DEL GRAN CASINO de Santander, el día 30 de julio de 1924.



MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 dup.º, bajo.

1925

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Pascuala....	D.ª Concha Catalá.
Irene....................	» María Cañete.
Nicolasa.................	» Matilde Armisén.
Lorenza..	» Raquel Martínez.
Manuela.................	» Elisa Méndez.
Justa.....................	» Pilar R. Alenza.
El señor Juan............	D. Ricardo Simó-Raso.
Pablo.....................	» Salvador Soler Mari.
El señor Lucas...........	» Gonzalo de Córdoba.
Epifanio.	» José Balaguer.

La acción en Madrid. Época actual.

Derecha e izquierda las del actor mirando al público.

ACTO PRIMERO

Trastienda de una herboristería en los barrios bajos de Madrid. Puerta a la izquierda que comunica con la tienda; otra a la derecha que da al portal de la casa, y otra en el foro que conduce a las habitaciones interiores. Mesa en el centro, estante en la pared de la izquierda con botes y cacharros, cómoda en el foro derecha, sofá en el foro izquierda, sillas en el resto y junto a la mesa. Es de día.

ESCENA PRIMERA

NICOLASA, EPIFANIO.

NICOL. (Dentro.) ¡Pifanio! ¡Pifanio! (Sale.) Ya decía yo: estará en la tienda. ¡Pifanio!

EPIF. (Dentro.) Déjame en paz ahora.

NICOL. Si no es más que una pregunta.

EPIF. Pues voy en seguida; espera un poco.

NICOL. ¿Que espere un poco? Eso es que está despachando a una parroquiana joven... (Se asoma a la puerta de la izquierda.) No; pues es vieja. ¡Qué raro! Porque con las viejas no se entretiene mucho Pifanio. ¡Ah! Me parece que se oye bulla. ¿Vendrán ya? Voy a ver...

(Cruza rápidamente la escena y entreabre la puerta de la derecha. En este momento sale por la izquierda Epifanio, que en seguida empieza a registrar el estante como buscando algo.)

EPIF. ¿Qué es eso? ¿Te vas a la calle?

NICOL. ¿Yo qué he de ir? He abierto porque me pareció que venían.

EPIF. ¿Quién?

NICOL. ¿Quién ha de ser? Los de la boda.

EPIF. ¿Ya? Pues ni que los hubiera casao un cura loco. ¿Qué tenías que preguntarme?

NICOL. Que si querías el café solo o con bollo.

EPIF. ¡Vaya una salida! Con bollo, como siempre.

NICOL. Es que no hay bollo.

EPIF. Pues, ¿pa qué lo preguntas entonces?

NICOL. Se me ha olvidao traerlo, ¿sabes? Con esto de la boda...

EPIF. Pues tráeme cualquier golosina de las que haya pa los convidaos.

NICOL. ¡Si no hay preparao nada! ¿No ves que se van a los Viveros?

EPIF. ¡Ah! Pero, ¿es que tú no vas?

NICOL. ¡Qué más quisiera! ¿Y tú?

EPIF. Yo tampoco; ¿no ves que no se pué quedar la tienda sola? (Dejando de registrar el estante.) Nada, que no parece. Y ¿cómo le digo yo a esa mujer que en una herboristería tan acreditada como ésta no tenemos salvia?

NICOL. ¡Ah! Pero, ¿es que estás buscando la salvia? Espérate un poco.

EPIF. ¿Qué pasa?

NICOL. Que me parece que la tengo yo en la cocina.

EPIF. ¿A santo de qué?

NICOL. A santo de que anoche el señor Lucas, como hoy se le casa la hija, estaba un poco nervioso y me pidió una taza de tila. Se me figura que me equivoqué de bote y llevé la salvia.

EPIF. Es lo mismo. Anda, anda a escape.

(Vase Nicolasa por el foro. Epifanio habla hacia la izquierda.) Sí, señora; sí que lo tenemos; ¡no faltaba más! Aquí hay de todo. (Aparte.) Ya decía yo que lo había dejao en su sitio. (Alto.) Voy, voy en seguida.

NICOL. (Saliendo de nuevo con un bote.) Aquí lo tienes. ¿Quieres el desayuno?

EPIF. Naturalmente.

NICOL. Pues voy a calentarlo. (Vase foro. Se oyen golpes en la puerta derecha.)

ESCENA II

EL SEÑOR JUAN, EPIFANIO; luego NICOLASA.

EPIF. ¿Quién diablos da esos golpes en el portal? ¡Adelante quien sea!

SR. JUAN. (Dentro.) Soy yo; abre, Epifanio.

EPIF. Me paece la voz del señor Juan. Levante usté el picaporte.

SR. JUAN. Que no puedo, hombre. Haz el favor de abrir.

EPIF. ¿Que no puede? Pues ¿qué demonios le pasa a este hombre? (Abre la puerta y entra el señor Juan con una jaula en una mano y un perrito recién nacido en la otra.)

SR. JUAN. ¿Ves como no podía?

EPIF. Pero ¿qué trae usté ahí?

SR. JUAN. Ya lo ves; en esta mano una jaula y en ésta un amigo.

EPIF. Ya podía usté haber dejao al amigo en el suelo pa abrir la puerta.

SR. JUAN. Tiés razón, que no se me ha ocurrido. Dispensa, hombre.

EPIF. El que me va a dispensar es usté, porque voy a despachar esto.

SR. JUAN. No faltaba más. Lo primero es la obli-

gación. (Vase Epifanio. El señor Juan coloca sobre la mesa el perro y la jaula y se sienta.) Vamos a ver, buen mozo, aquí quietecito ¿eh?, y no vayas a hacer ninguna tontería, que esta no es nuestra casa. Tendrás tu mijita de gazuza ¿eh? ¡Claro! ¡Vaya usté a saber el tiempo que hará que el infeliz no sabe lo que es la gracia de Dios! Ten un poco de paciencia, que en cuanto hagamos esta visita de cumplido se te servirá lo que pidas. (Sale Epifanio.)

EPIF. Pero ¿qué, está usté hablando con el perro?

SR. JUAN. También los animales agradecen que se les entretenga con un poco de conversación, no creas.

EPIF. Y ¿a qué viene ese adminículo? ¿Es que le va usté a criar en jaula?

SR. JUAN. ¡Qué cosas tienes, Pifanio! ¿No ves que no cabe? La jaula no es pa éste. Es pa otro huésped que tengo desde esta mañana.

EPIF. ¿Un canario?

SR. JUAN. Un gurrión más salao... Ya le verás si vas por allí. Se metió en mi cuarto en cuanto abrí la ventana pa hacer la limpieza piando como si pidiera auxilio, y resultó que a la cuenta le habían dao una pedrá en una pata y se la habían roto... Hombre, no puedo ver a esos chicos que andan tirando piedras a los pájaros.

EPIF. Y usté ¿qué hizo?

SR. JUAN. ¡Qué había de hacer! Parece que no me conoces. Entablillarle la pata como pude con unos palitroques y una hebra de hilo... Y si vieras cómo lo agradeció

el infeliz... Mientras la operación, me miraba como diciendo: Señor Juan, es usté un ángel.

EPIF. Un ángel que le va a encerrar pa toa su vida.

SR. JUAN. ¿Pa toa su vida? ¡Vamos, hombre! La jaula se la he comprao pa que no ande suelto por la habitación mientras se cura, porque los gurriones son unos frescales que no se fijan y lo ensucian todo; pero en cuanto yo vea que se le ha arreglao la fractura le saco al campo, le abro la portezuela y que se vaya bendito de Dios donde le dé la gana. Yo no hago daño a nadie.

EPIF. Y esta otra monada, ¿de dónde ha salido?

SR. JUAN. A éste me le he encontrao abandonao en mitá e la calle cuando volvía de comprar la jaula ¡Ya ves tú que malas entrañas tié la gente! ¡Separar de la madre a un animalito que no se pué valer pa que se muera de hambre, o le cojan los golfos, o le atropelle un auto! ¡Te digo que no puedo con ciertas cosas!

EPIF. Pues a éste no le bastará con cuatro cañamones.

SR. JUAN. Y ¿qué se le ha de hacer? Ahora, en cuanto salgamos de aquí, le compraré dos gordas de leche pa el desayuno, y más adelante... ya veremos.

EPIF. Tú que no puedes, llévame acuestas.

SR. JUAN. Pué que tengas razón; pero es el corazón, Pifanio, ¡el córazón, que me pierde!

EPIF. Con permiso, voy a ver que quiere esa que entra.

SR. JUAN. Por mí no te precipites y te vayas a correr en el peso, que yo soy de casa.

(Vase Epifanio.) ¿Has oído, Pistolo? ¡Veinte céntimos de leche! Y que la voy a pedir especial pa enfermos, que pué que tenga menos agua. A ver si luego creces y me sales desagradecido como algunas personas. (Vuelve a salir Epifanio.)

EPIF. Señor Juan, ¿usté entiende algo de latín?

SR. JUAN. ¿Yo? No sé más que Dominus vobiscum y alza, pilili. ¿Por qué lo preguntas?

EPIF. Porque aquí una mujer trae escrito en un papel esto que quiere, que dice que es muy bueno pa los salpullidos, y yo no lo entiendo.

SR. JUAN. A ver, hombre; haz el favor. (Leyendo.) «Sacaruro sindicalis». Pues está bien claro.

EPIF. Sí, muy claro; pero no sé lo que es.

SR. JUAN. Pues dala un poco de hierbabuena, que también pué que cure los salpullidos. Tóo menos decir que no hay sindicalis en la tienda.

EPIF. Tié usté razón. (Yéndose por la izquierda.) Sí, señora; sí lo tenemos, ¡no faltaba más! Aquí hay de todo. (En cuanto desaparece sale por el foro Nicolasa con un tazón de café con leche.)

NICOL. Muy buenos días, señor Juan.

SR. JUAN. ¡Hola, Nicolasa! ¿Qué hay?

NICOL. ¿Donde está ése?

SR. JUAN. ¿Quién?

NICOL. Pifanio.

SR. JUAN. Despachando. ¿Qué, le traes el desayuno?

NICOL. Sí, señor; aquí se lo dejo. (Sobre la mesa.) Pero, ¿cómo es que ha venido usté tan tarde?

SR. JUAN. ¡Cómo! Pero, ¿es que ya se han ido a la parroquia?

NICOL. ¡Anda! Ya están al caer de vuelta.

SR. JUAN. ¡Este condenao oficio! Como me acuesto tarde y tengo que arreglarme la casa... Pues mira, siento no haber llegao a tiempo de dar un abrazo a Lucas y otro a la chica.

NICOL. Ya le digo a usté que no tardarán mucho.

SR. JUAN. Pero yo con tóo el barullo de la boda, sacaruro sindicalis, como dijo el otro. La mucha gente me atortola.

NICOL. Pues yo me voy a la ventana a ver si vienen.

SR. JUAN. Y en cuanto los huelas me avisas pa salir de naja.

NICOL. Como usté quiera. (Vase foro.)

SR. JUAN. El que me parece que está oliendo el café con leche es este huérfano. Pué que crea que se lo han traído pa él... Y la verdá es que me da compasión que sufra. Anda, hijo, pruébalo, pero no abuses, que se va a enfadar Pifanio. (Acerca el perro al tazón, y es de suponer que el animalito se aproveche.) Con este convidao no contaban los de la boda.

EPIF. (Saliendo.) ¡Recontra, señor Juan! Pero ¿qué está usté haciendo?

SR. JUAN. ¿Yo? Nada.

EPIF. Usté, no; pero le ha dao usté mi café al perro.

SR. JUAN. Te juro que yo no se lo he dao. Ha sido la Nicolasa que se lo ha puesto ahí; y ¿qué querías que hiciera el animalito con el hambre que tiene?

EPIF. ¡Sí que se necesita cuajo! Pues por la broma de usté me quedo yo en ayunas. ¡Nicolasa!

SR. JUAN. ¿Cómo en ayunas? ¡Si lo tiés ahí casi todo!

EPIF. Pué que se crea usté que voy yo a tomar eso después de que ha metido el perro los hocicos.

SR. JUAN. Te advierto que los tiene como los chorros del oro.

EPIF. ¡Vamos, hombre! Usté sí que tiene unas cosas...

NICOL. ¿Llamabas?

EPIF. Sí; ¿ha quedao algo de café?

NICOL. No habrá sido mucho; tóo lo más pa una taza pequeña.

EPIF. Pues tráeme lo que haya.

NICOL. En seguida lo caliento. (Vase.)

SR. JUAN. ¿De modo que esto ya no lo quieres?

EPIF. Natural, señor.

SR. JUAN. (Al perro.) Pues, anda, hijo, aprovéchate y acábalo; puesto que lo iban a tirar...

(Vuelve a salir Nicolasa apresuradamente.)

NICOL. Señor Juan, que ya están ahí.

SR. JUAN. ¿Quién?

NICOL. Ellos; los novios, y los padrinos, y los convidaos del barrio... ¿No oyen ustés el bullicio?

VOZ. (Dentro.) ¡Vivan los novios!

VOCES. (Dentro.) ¡Vivan!

SR. JUAN. Oye, tú, ¿por dónde entrarán?

NICOL. De seguro por la tienda.

EPIF. Sí; por aquí vienen.

SR. JUAN. Llévate esto y guárdaselo a éste pa la tarde, que se ha quedao con ganas.

VOZ. (Dentro.) ¡Viva la madrina!

VOCES. (Dentro.) ¡Viva!

SR. JUAN. Decirle al señor Lucas que he venido, ¿eh?, y hasta otro día y gracias por el obsequio de éste... Vámonos, monada.

(Coge la jaula y el perro y vase por la puerta de

la derecha. Simultáneamente aparecen por la de la izquierda, primero Irene y Pablo, y detrás el señor Lucas, Lorenza, Justa y Manuela.)

ESCENA III

IRENE, PABLO, LUCAS, MANUELA, JUSTA, LORENZA, NICOLASA, EPIFANIO.

IRE. ¡Ay, Jesús! ¡Qué sofocación! ¡Qué ganas tenía de llegar!

PAB. Pero no te pongas así, mujer.

NICOL. Que sea enhorabuena y que los tengáis muy felices.

EPIF. Que sea enhorabuena y por muchos años.

IRE. Gracias.

PAB. Muchas gracias.

SR. LUCAS. Entra, Lorenza; entren ustedes. (A Manuela y Justa.) Y ustedes ya lo saben, ¿eh? (A los que se supone que quedan fuera.) Dentro de media hora estarán los coches en la plazuela pa que salgamos todos juntos. Pero, ¿qué le pasa a ésta?

IRE. ¿Qué me ha de pasar, padre? Que yo no he nacido para esta bulla y estos festejos, vamos. ¡Jesús! ¡Qué manera de atosigarla a una y arremolinarse pa verla pasar y dar gritos y decir barbaridades! Yo le aseguro a usté que si me vuelvo a casar será de noche y sin que se enteren ni as ratas.

PAB. ¡Que si te vuelves a casar! ¡Miá que tú también dices unas cosas!

IRE. Bueno; es un decir. Dios no lo quiera.

SR. LUCAS. ¡Anda con Dios de lo que se asusta ésta! ¡Pero si esto no ha sido nada!

PAB. Es lo que yo la digo.

SR. LUCAS. Pues ya pués dar gracias a que se han acabao las murgas; que cuando nos casamos yo y tu madre, que era mucha costumbre, nos estuvieron tocando chotis y polkas tóos los ciegos de Madrid hasta que nos quedamos sordos.

PAB. Señor, y que es lo natural; ella tié sus conocimientos y sus simpatías en el barrio, y yo por mi parte tengo también mis simpatías y mis cononocimientos y quié decirse que la gente tié curiosidad por ver cómo salimos de la iglesia.

IRE. Pues a mí me atosiga, vaya. Oye, Lorenza; haz el favor, mujer, que no sé cómo se me ha enredao la mantilla.

LOR. Es que estás muy nerviosa.

NICOL. ¿Quieres que yo?

IRE. No, no; esto es cosa de la madrina.

SR. LUCAS. Pues entretanto me voy allá dentro a tomar un tente en pie.

IRE. Pero, padre, si vamos a comer ahora mismo...

SR. LUCAS. Pero yo no tengo resistencia para llegar hasta los Viveros. Y vosotras ya lo sabéis, a cambiaros de ropa a escape.

MAN. Sí, señor, sí; en seguida.

SR. LUCAS. Tú, Nicolasa, anda pa alante y prepárame cualquier cosa.

NICOL. ¿Qué quié usté?

SR. LUCAS. ¿No hay un poco de jamón?

NICOL. Sí, señor.

SR. LUCAS. ¿No hay un poco de queso?

NICOL. Sí, señor.

SR. LUCAS. ¿No hay un poco de vino?

NICOL. Sí, señor.

SR. LUCAS. Pues con esas tres cosas y un poco de pan estoy despachao.

NICOL. En seguida lo tiene usté en la mesa. (Vase.)

SR. LUCAS. Y tú, Epifanio, anda a la tienda, que aquí no tiés nada que hacer y pué venir alguien.

EPIF. Desde aquí veo quién entra.

SR. LUCAS. Lo que ves desde aquí son estas tres chicas. ¡Qué faldero te ha hecho Dios, hijo de mi alma!

EPIF. A propósito de falderos, aquí ha estao el señor Juan, que quería saludarles a ustedes.

SR. LUCAS. ¡Qué! ¿También es faldero el señor Juan?

EPIF. No, señor; me he acordao porque traía un perro adoptivo.

SR. LUCAS. ¡Lo de siempre! Y ¿por qué no se ha esperao?

EPIF. Porque creyó que vendrían ustedes de bulla.

SR. LUCAS. Pues, hombre, lo siento, porque nos hubiera acompañao a los Viveros. ¿Dijo que volvería?

EPIF. No ha dicho nada.

SR. LUCAS. Bueno, pues anda a la tienda, que ya me he enterao.

EPIF (Están las tres que quitan la cabeza. Y no digo las cuatro porque la otra tiene ya marido.) (Vase.)

SR. LUCAS. Y vosotras no os entretengáis, que yo me desayuno en un vuelo y esa gente va a venir en seguida. (Vase foro.)

ESCENA IV

IRENE, PABLO, LORENZA, MANUELA, JUSTA.

PAB. Ya lo oyes, Lorenza.

LOR. Yo me quedo para ayudar a ésta a vestirse. Es obligación de la madrina.

IRE. No te molestes, que luego te retrasas. Idos, si queréis, que con la Nicolasa me basta y me sobra.

LOR. Como quieras; pero antes quería pedirte un favor, y éstas también.

IRE. ¿Cuál?

MAN. Ya te lo puedes figurar.

JUS. Hija, la costumbre.

IRE. No caigo.

PAB. Parece mentira, mujer; quieren que las regales una flor del azahar, porque dicen que tié buena sombra, ¿no es eso?

LOR. Eso será.

IRE. ¡Ay, es verdad! ¡Qué tonta soy! No me acordaba de que la muchacha soltera que se lleva algo del ramo de una recién casada, se casa ella también dentro del año

PAB. ¡Tonterías del vulgo! Que no sé quién le ha hecho creer semejante cosa a mi hermana.

IRE. Pues por mí que no quede.

LOR. ¿Tonterías, dices? Pues ahí tienes a la Juliana, la de la portera del 25, que la obsequió con eso su prima Rosario el día de la boda, y a los seis meses justos...

PAB. ¡Mira ésta con lo que sale! ¡Pues sí que es buen ejemplo el de la Juliana!

IRE. Tiene razón Pablo; lo de la Juliana no viene a cuento.

MAN. ¿Pues qué? ¿No se casó en seguida con Indalecio el estuquista?

PAB. Que se casó, que se casó... pero, ¡qué cosas dicen! ¡Si Indalecio está casao hace un porción de tiempo!

JUS. Como vive con la Juliana...

PAB. Y eso, ¿qué tié que ver? ¡Pues eso es lo malo! Que miá tú pa lo que sirvió el

obsequio del azahar... Por eso le decía yo a Lorenza que no hiciera caso de tonterías.

IRE. ¡Mira que también habéis ido a sacar una conversación al salir de la iglesia!

PAB. Ha venido rodao el asunto. Sobre que pa nosotros no tié malicia, porque ni tú me has de dejar ni yo me he de ir con otra.

IRE. Por mi parte ya sabes que pués estar seguro.

PAB. Y tú también por la mía pués estar segura. ¡Pues te quiero yo poco!

LOR. Bueno, bueno; dejarse de zalamerías ahora, que ya habéis oído al señor Lucas que no va a tardar la gente. Vámonos a cambiar de ropa.

MAN. Y muchas gracias, Irene.

JUS. Y a ver si has tenido buena mano.

IRE. ¿Aunque sea como la prima de la Juliana?

LOR. ¡Qué sé yo que te diga!

PAB. Pero ¿no acabáis de marcharos? Estas mujeres, en cuanto pegan la hebra...

LOR. ¡Ah! Pero ¿es que tú no vienes?

PAB. Iré en seguida. Yo no tengo que mudarme de nada más que de calzao y de cuello, que me están atosigando un poco y no los iba a poder resistir todo el día.

LOR. Pero vas a entrener a Irene, que tié que vestirse. Anda, acompáñanos y no seas pelma.

MAN. Déjale, mujer, que tiene ganas, y es natural, de quedarse solo con su mujer; que para eso les han echao las bendiciones

JUS. Y que aunque ella se quite la ropa...

pues quié decirse que como él es ya su marido...

IRE. ¡Mira esta mosquita muerta qué cosas dice!

PAB. Pero, ¿os váis o no? Que luego me echáis a mí la culpa.

LOR. Sí, hombre, sí; ya nos vamos. Hasta luego, Irene.

IRE. ¡Adiós, madrina!

LOR. Y hermana.

IRE. Las dos cosas.

LOR. Un beso por cada una.

MAN. ¡Que sea para bien y que seáis muy felices!

IRE. Gracias, Manuela.

JUS. ¡Adiós, Irene!

IRE. ¡Adiós, Justa!

JUS. Y salú pa criarlos.

IRE. ¡Hija! ¡No madrugas tú poco!

PAB. ¡Miá que sois pesadas!

LOR. Ya nos vamos, hombre, ya nós vamos. No tardes tú mucho. (Vanse.)

ESCENA V

IRENE, PABLO.

IRE. También tienes tú ganas de llamar la atención. ¿Por qué te has quedao? ¿Es que tienes algo de particular que decirme?

PAB. De particular nada, porque en tres años y pico de relaciones lo tengo todo dicho; pero es que, vamos, que llevaba razón la Manuela al pensar que tendría ganas de pasar un rato a solas contigo después de que nos han echao el yugo pa *in æternum*.

IRE. ¡Anda con Dios! ¡Pues no hemos estao solos pocas veces!

PAB. Sí; pero antes era antes y ahora es ahora.

IRE. Por sabido se calla; pero, ¿qué quiés decir con eso?

PAB. Pues que antes no eras más que mi novia y ahora eres mi mujer legítima y con todos los sacramentos.

IRE. Con todos, no; con uno na más.

PAB. Con el que hace falta. Y como de sobra sabes que de novia has sido más áspera que un cardo y ni siquiera me has dejao besarte las yemas de los dedos...

IRE. Naturalmente, hijo; ¡pues no faltaría otra cosa!

PAB. No; si yo, bien mirao, me alegro de que seas así, porque así es como tié que ser la mujer de uno; pero, la verdad, es que no parecía sino que no me querías.

IRE. Pues ya ves cómo estabas equivocao, porque si no te hubiera querido de verdad no estaríamos como estamos ahora.

PAB. ¿Cómo estamos ahora?

IRE. Unidos pa siempre, y por la propia voluntad y por el cariño.

PAB. Pues esa es la mía, que pa ser la primera vez que nos quedamos solos no estamos como debíamos...

IRE. ¿Por qué?

PAB. Porque me estás leyendo en el pensamiento que hace un rato que estoy deseando darte un beso en la cara, que bien me lo he ganao, y todo se te vuelve hacer mohines como si no te diera la gana.

IRE. ¿Sí? ¡Que Dios te conserve la vista!

PAB. ¡Ah! ¿No es cierto?

IRE. ¡Qué tonto eres! ¡Si yo también lo estoy deseando!

PAB. ¡Gracias a Dios! ¡Bendita seas! (Al ir a encontrarse los labios, ella se aparta rápidamente porque ve salir por la izquierda a Epifanio.)

IRE. ¡Ay. Jesús!

PAB. ¿Qué pasa?

ESCENA VI

DICHOS, EPIFANIO.

EPIF. ¡Ah! ¿Pero estáis aquí todavía?

PAB. Ya lo estás viendo.

EPIF.. Perdona, hombre; pero creí que tú te habías marchao y esa andaba por allá dentro.

PAB. ¿Y a qué venías entonces?

EPIF. A buscar la flor de malva.

PAB. Pues búscala y vete.

EPIF. No; si por mí podéis haceros todos los mimos que se os antojen como si no estuviera yo delante, que ya sabemos lo que son los matrimonios.

IRE. Pues te has equivocao, porque los matrimonios no son pa que se divierta la gente..., y pa eso del mimo nos queda tiempo de sobra, porque nos queda toa la vida. De modo que ya te estás marchando, ¿oyes?

PAB. Pero si tié razón Epifanio, que ya no nos debe importar que él haya venido cuando no le llamaban.

IRE. A mí sí me importa.

PAB. Pero ¿es que tú no acabas de encontrar la flor de malva?

EPIF. No; no acabo, porque ahora me acuerdo de que no está aquí, que está en la tienda.

PAB Pues anda pa la tienda.

EPIF. Ahora mismo... ¡Ah! Pero ya que se me ha presentao esta ocasión y antes no os he felicitao a mi gusto porque había personas extrañas, la aprovecho pa decirla a ella que se lleva un buen mozo, muy formal, muy trabajador, y que no se le ha conocido un enredo en toa su vida.

PAB. Muchas gracias. Estabas cumplido. Anda, vete, vete.

EPIF. Espérate, hombre. Y pa decirte a ti que has tenido la primer suerte, porque a Irene la conozco bien porque estoy en la casa desde chico, y además de guapa, porque eso está a la vista, es una señora de una vez pa la economía y el arreglo, y de un carácter como la manteca, y no podéis menos de congeniar y ser felices.

IRE. Se estima, Epifanio.

PAB. Claro que se estima; pero como eso lo tenemos olvidao los dos de puro sabido..., se conoce que a éste no le corría mucha prisa la flor de malva.

EPIF. Pues sí que me corría bastante, pero hubiera estao mal visto marcharme sin daros otra vez la enhorabuena... Aunque ya se ve que tú no estás pa agradecer las buenas intenciones.

PAB. No; si las buenas intenciones ya están conocidas, y si no fuera porque acabo de confesarme ya verías como te quitaba yo las ganas de chufla.

EPIF. ¡Anda éste, con lo que sale ahora! Ya me voy, hombre, ya me voy y que os aproveche. ¡Ah! Y que conste que aunque me llaméis no salgo. (Vase.)

IRE. ¿Ves? ¿Qué necesidad teníamos de que hasta Epifanio nos gastara bromas? Pero te has empeñao en que me ponga colorada.

PAB. Pues si te pones colorada con eso vas a estar como la grana toa la comida, porque ya verás las cosas que se les ocurren a los convidaos. Y tiés que hacerte cuenta de que ya eres una señora casada que lo puede oir todo.

IRE. Ya lo sé; pero es que como no hace que lo soy más que media hora, pues... no me he acostumbrao todavía.

PAB. Y ¿pa qué estoy yo aquí si no es pa que te vayas acostumbrando?

IRE. ¡Qué pesao eres! Se te ha metido en la cabeza...

PAB. Uno na más. Se me ha antojao uno.

IRE. Pues no te quedes con el antojo.

PAB. Parece mentira que sea el primero, ¿verdá?

IRE. Como tiene que ser.

PAB. Y como es el primero, vamos a dárnosle muy despacito y muy largo pa saborearle.

(No ocurre nada porque aparece Nicolasa en el foro.)

ESCENA VII

Dichos, NICOLASA; luego EPIFANIO.

NICOL. ¡Cómo!

IRE. ¡Jesús!

NICOL. Por mí no lo dejéis, que soy de confianza.

IRE. Es que éste es más tonto...

PAB. La tonta es ella que se empeña en hacer

los mismos remilgos que de soltera. ¡Y como te has presentao tan de repente!...

NICOL. Es que vosotros no habéis calculao que el señor Lucas está acabando el refrigerio y que yo hace un siglo que tengo preparada la ropa. Anda, vamos, Irene. Y tú ya estás picando, que ya tendréis tiempo de cansaros de carantoñas.

IRE. Sí, anda, Pablo, que ya se ve que está de Dios que el primero se quede en el aire.

NICOL. Pero antes de que se vaya y ya que he venido no quiero desperdiciar la ocasión pa darle la enhorabuena a mi gusto.

PAB. ¿Tú también?

NICOL. Yo también y mejor que nadie, porque conozco bien a ésta y sé que te llevas una alhaja.

IRE. ¡Nicolasa, por Dios!

PAB. Ya estoy en ello, ya. Y además que lo acaba de decir Epifanio.

NICOL. Pero Epifanio es hombre y la pué mirar con otros ojos. Yo, aunque soy su prima tercera o cuarta, porque al parentesco no le alcanza un galgo, sé que me ha tratao como una hermana, y que si no hubiera sido por ella y por su padre cuando me quedé con el día y la noche, sabe Dios lo que hubiera sido de mí a estas horas.

IRE. Bueno; pero eso, ¿a qué viene?

NICOL. A decirle a éste que como no te trate toda la vida como es debido, nos veremos las caras.

PAB. La trataré como se merece; pero, ¿quiés hacerme el favor de marcharte, que va en seguida?

NICOL. No, hijo, no; me la tengo que llevar

conmigo, que luego os entretenéis otra media hora

PAB. ¡Maldita sea! Pues hasta luego. Nicolasa, con tu permiso.

(Intenta besar a Irene; pero ella le rechaza.)

IRE. Que no, que no; que me da mucha vergüenza.

PAB. Pero ¿tú ves qué tonta? ¡Vamos, hombre! (Vase izquierda.)

IRE. ¡Mira que es pesao!

NICO.. Has hecho bien, y así le tiés que tener toa la vida... a media miel pa que no se harte.

IRE. Me quiere mucho.

NICOL. Sí; pero pué que no te hubieras casao si no le hubieras tenido a raya como ahora.

IRE. No; Pablo ha venido siempre con formalidad y no es como otros. Ya ves; yo he sido la pimera.

NICOL Sí que es verdá que no se le ha conocido nunca nada; pero no hay que fiarse. Bueno, ¿vienes a que te vista o no vienes? Que como hagas esperar a los convidaos se va a enfadar tu padre.

IRE Sí, vamos; es cuestión de cinco minutos.

(Sale Epifanio.)

EPIF. Espera, no te vayas.

IRE. ¿Qué pasa?

EPIF. Que aquí hay una mujer que pregunta por Pablo.

IRE ¿Por Pablo? ¿Una mujer?

NICOL. ¿Qué trazas tiene?

EPIF. Pues es... un ama de cría.

NICOL. ¡Caray! ¿Tan pronto?

IRE. ¿Un ama de cría?

EPIF. Y que no cabe duda. Las señas son mortales.

NICOL. Puede que venga a pretender; pero dila que vuelva, que ha madrugao mucho.

IRE. Tié que ser una equivocación. ¿Estás seguro de que es por este Pablo por quien pregunta?

EPIF. Pablo Ruiz Molinero, ebanista. El nombre, los dos apellidos y la profesión del interesao. Me parece que no puede ser otro.

IRE. Bueno; pero ¿qué quiere?

EPIF. Vaya usté a saber. Dice que tié que hablarle.

NICOL. Pues dila que hoy no está pa recibir visitas; que vuelva mañana.

IRE. Al contrario; dila que entre. Tengo yo curiosidá por saber lo que es eso.

NICOL. Pero, mujer, si es por él por quien pregunta.

IRE. Y ¿qué más da? ¿No es mi marido? Dila que pase. (Vase Epifanio.)

NICOL. ¡Un ama de cría que pregunta por Pablo!

EPIF. (Volviendo a salir.) Pase usté, señora. (Entra Pascuala. Es el ama de cría citada y trae un niño recién nacido en cada brazo.)

ESCENA VIII

Dichos, PASCUALA

PASC. Buenos días nos dé Dios.

IRE. Buenos días.

PASC. ¿Es aquí?

EPIF. Sí, señora, aquí.

PASC. Pues..., con el permiso de ustedes. (Se sienta.) Vengo reventada. Aunque yo soy fuerte y tengo mucha costumbre, hoy me cansé mucho porque todo me cogió lejos.

IRE. Descanse usté todo lo que quiera.

PASC. Y luego que estos angelitos parece que no, pero pesan, pesan... y como no tiene una libertad para manejarse a gusto, parece que se cansa una más; ¿no es verdad, ustedes?

NICOL. Si que están muy hermosos. ¿Los cría usté a los dos?

PASC. A uno nada más. Al otro le estoy sosteniendo, como aquel que dice, hasta que encuentre el acomodo. Pero conmigo no se entretengan ustedes y hagan lo que tengan que hacer... que es decir a ese señor Pablo que salga.

NICOL. No está en casa ese señor Pablo.

PASC. Como me ha dicho este joven que podía pasar...

NICOL. Porque no tardará en volver, y si quiere usté esperarle...

PASC. ¡Qué remedio! Ya que ha venido una... Y que el recao que le tengo que dar no se pué dejar pa mañana.

IRE. Si usté quiere dárnosle a nosotras...

PASC. No; señora, no: es cosa muy delicada y tiene que ser en propia mano, como aquel que dice. De modo que esperaré todo lo que haga falta, ¡qué remedio! Por eso digo que si ustedes tienen algo que hacer, que por mí no lo dejen

EPIF. Tiene razón esta buena mujer; vosotras podéis ir a lo vuestro, que yo la acompaño.

NICOL. No porque puedes tener que despachar en la tienda

PASC. Y ¿qué más da que me quede sola? No tengan ustedes miedo de que me lleve nada.

IRE. ¡No es por eso, señora; no faltaba más!

PASC. Pues ya que son tan buenos y tan cariñosos, les voy a pedir a ustedes un favor.

IRE. Lo que usté quiera.

PASC. No; si no es casi nada... Que me digan qué hora será, sobre poco más o menos.

EPIF. Las once y media.

PASC. ¿Las once y media ya? ¡Válgame la Virgen de la Montaña! ¡Qué trastorno!

IRE. ¿Por qué?

PASC. Porque se me ha pasao la hora del huevo.

EPIF. ¡Atiza!

PASC. Y que ya no tiene remedio, ¡qué se le va a hacer! A las nueve, a las once, a las tres, a las cinco y a las siete y media, tengo que tomar un huevo pasao por agua para no caerme, porque como estos dos arrapiezos tiran a cual más, que no parece sino que han hecho una apuesta...

IRE. Pues por eso no se apure usté, mujer; aquí puede usté tomarle.

PASC. No, señora, no; de ninguna manera. No se molesten ustedes.

IRE. No es molestia ninguna.

PASC. ¡Que no, que no, vaya! Si lo sé no lo digo.

IRE. Anda, Nicolasa, ya lo oyes. (A ver si con el obsequio la podemos sacar a lo que viene.)

PASC. Pues ya que se ponen ustedes así, que esté bien clarito.

NICOL. Ya lo sé: un credo. Vengo en seguida. (Vase.)

PASC. ¡Vaya que ha sido ocurrencia la mía! ¿Qué pensarán ustedes? ¡Venir a des-

ayunarme sin más ni más a una casa extraña!

IRE. No hay que hablar de eso, que no vale la pena.

EPIF. ¿Usté es de Madrí?

PASC. No, señor; soy de la provincia de Santander, del valle de Pas.

EPIF. ¡Hombre! Pasiega. Las pasiegas son buenas mujeres.

PASC. Pa criar sí que tenemos fama, no hay por qué negarlo.

IRE. ¿Y ha llegao usté del pueblo hace mucho tiempo?

PASC. Ayer por la mañana; pero hasta hoy no he podido hacer este encargo.

IRE. Y ¿cómo es que se le ha ocurrido a usté venir a buscar a Pablo a esta casa?

PASC. Porque a mí me habían dao las señas de una carpintería de la calle de Calatrava y de allí vengo; pero el establecimiento estaba cerrao y el portero me ha dicho que el señor Pablo estaría aquí a estas horas sin falta. (Sale Nicolasa con el servicio.)

NICOL. Aquí está esto y traigo además una rebanada de pan por si no lo quiere usté tomar sorbido.

PASC. No; muchas gracias.

IRE. Pues ande usté y que la aproveche.

PASC. El caso es que así no puedo manejarme. Usté, joven (A Epifanio.), ¿quié usté hacerme el favor de tenerme un momento esta criatura?

EPIF. Venga.

PASC. (A Nicolasa.) Y usté ¿quié tenerme este otro angelito?

NICOL. Sí, señora.

PASC. Gracias.

EPIF. Este es muy mono.

NICOL. Y éste también.

PASC. De pequeños todos somos muy monos.

EPIF. Y algunas de grandes.

IRE. ¿Son mellizos?

PASC. No, señora; cada uno es de su padre y su madre. Al uno le he traído de Santander, que es donde ha nacido, y el otro es el que vengo a criar en una casa buena, que ya antes de salir de mi cuidao me tenía apalabrada. Porque a mí, aunque me esté mal el decirlo, me aprecian aquí mucho pa estas cosas.

NICOL. ¿Es que ha venido usté a criar otras veces?

PASC. Cuatro con ésta. Y en cada una me he pasao dos años... Así es que en el pueblo dicen que parezco de Madrid en el habla y en todo.

EPIF. De las Vistillas, enteramente.

PASC. Ya he acabao, muchas gracias.

IRE. ¿Quiere usté algo más?

PASC. No, señora, no; no tengo costumbre más que del huevo. Denme ustedes los chicos... Este es el de Santander. Deme usté el otro, que es el de casa. ¡Hijos de mi alma! Ya los voy queriendo a los dos como si fueran míos.

EPIF. Pero ¿no le da usté el pecho a ninguno?

PASC. ¿Pa qué, si están tan calladitos los ángeles de Dios?

NICOL. Y ¿de veras no puede usté decirnos a lo que viene?

PASC. Como poder..., a mí me han encargao que me entienda sólo con el señor Pablo; pero si ustedes son de la familia...

IRE. Sí, señora; de la familia somos.

PASC. Pues les voy a dejar a ustedes el encargo, y que me dispense si no le espero.

IRE. (¡Gracias a Dios!)

NICOL. (¡Si que ha tardao en romper el ama!)

PASC. Y eso que, la verdá, me da un poco de reparo, porque ya les he dicho a ustedes que es un poco delicao y pué que no le guste.

NICOL. Pero ¿no oye usté que somos de la familia?

PASC. Y... ¿vive en esta casa?

IRE. En esta casa vive. Es decir, va a vivir desde ahora.

PASC. ¿Es que se ha mudao?

NICOL. Sí, señora; hoy mismo.

PASC. ¡Justo! Lo que me han dicho en la carpintería.

IRE. (¡No acabará nunca!)

PASC. Pues, ea; sea lo que Dios quiera, yo cumplo. Hagan ustedes el favor de entregarle este niño.

IRE. Pero, ¿qué dice usté?

PASC. ¿Es que no me he explicao como es debido? Que den ustedes al señor Pablo esta criatura que a la cuenta le pertenece.

IRE. ¿Que le pertenece? ¿Por qué?

PASC. ¡Toma! Porque es suya. Porque es su padre.

IRE. ¿Pablo?

NICOL. ¡Si no pué ser! Se ha vuelto loca.

PASC. Dios no lo quiera, que estoy en mis cabales. Con que, ¿se quedan ustedes con él o le aguardo?

IRE. Hable usté, explíquese usté; ¿por qué dice usted eso?

PASC. No se ponga usté asi, que no tengo la culpa. ¿Es usté su hermana o su prima?

IRE. Ninguna de las dos cosas.

PASC. Entonces... como decían ustedes que era de la familia...

NICOL. Es su mujer.

EPIF. Se acaba de casar con él hace media hora.

PASC. ¿Hace media hora? ¡Pues sí que he venido yo a darla un trago en agradecimiento del huevo!

IRE. Vamos, diga usté, ¿por qué dice usted que este niño es de Pablo? ¿Quién se lo ha dao a usté y cuándo y cómo?

PASC. Pues me lo ha dao en Santander una señora muy guapa y muy elegante y que va a ser muy rica, que se enteró de que yo venía a Madrid a criar y me pidió por favor que trajera este angelito pa dárselo a su padre.

IRE. Y ¿quién es esa señora?

PASC. Pues esa señora es de Madrid; parece que estuvo aquí de oficiala de modista o de sastra o algo parecido, y luego se marchó a Santander, y allí, como es tan guapa, se enamoró de ella un indiano que apalea la plata.

IRE. Adelante.

PASC. Pues nada, que el indiano se fué a la Habana o a Méjico, adonde sea, pa vender sus haciendas y volver a casarse con la señora; pero como mientras el indiano andaba por allá, ella.. se encontró con este resultao de haber sido novia del señor Pablo, y como si el otro se entera pué que no se case...

IRE. ¡Mentira! Pablo no ha tenido novia nunca.

PASC. Pué que no haya sido tal novia; pero pa el resultao como si lo fuera.

IRE. ¡Jesús! ¡Dios mío! ¡Infame! ¡Granuja! ¡Hipócrita!

NICOL. Pa que se fíe una del agua mansa.

IRE. Yo me muero, yo no sé qué me pasa... ¡Padre!

EPIF. Cálmate, mujer, que pué que sea una equivocación.

PASC. Pues mire usté, joven, casi me alegraría de que lo fuera. Pero todo estará explicao en la carta.

IRE. ¡Ah! Pero ¿trae usté una carta?

PASC. Claro que la traigo. ¿Quería usté que trajera el niño sin más explicaciones?

IRE. Démela usté en seguida.

PASC. No pué ser. Es pa el señor Pablo.

IRE. El señor Pablo es cosa mía y puedo ver sus cartas. ¿Dónde la tiene usté?

PASC. Guardada en el pecho. De modo que, o me tienen ustedes un chico, o la cogen ustedes.

EPIF. Yo buscaré el papelito.

PASC. ¡Arre allá! Mira éste, y parece tonto.

IRE. ¡Ah! Aquí está.

PASC. Coste que yo no quería y que casi ha sido a la fuerza... Luego allá se las arreglarán ustedes.

ESCENA IX

DICHOS, LUCAS.

SR LUCAS. Como he madrugao tanto me he quedao un poco traspuesto después del desayuno, y así como en sueños me pareció que me llamaban.

IRE. (Después de leer.) Sí, sí; no hay duda. ¡Es suyo, es suyo! ¡Canalla! ¡Granuja! ¡Sin vergüenza!

SR. LUCAS. Pero ¿qué es esto? ¿Qué la pasa a ésta y que hace aquí esta ama?

PASC. Pues ya lo ve usté; estoy de visita.

IRE. ¡Flora! ¡Tu Flora!... Pero ¿quién es esta Flora? ¡Ay, padre, padre!

SR. LUCAS. Pero ¿quiés decirme lo que te pasa?

IRE Que me ha engañao, padre; que es un pillo. ¡Que no me ha querido nunca!

SR. LUCAS. ¿Quién?

IRE. ¿Quién ha de ser? ¡Pablo! Entérese usté de esta carta... Pero esta mujer, ¿por qué no ha venido una hora antes?

PASC. Pues mire usté, por una casualidad: por haber hecho el viaje en balde a la carpintería.

IRE. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Dios mío! ¡Ya desgraciada pa toa la vida!

NICOL. No te pongas así, mujer, que esto tié que ser una equivocación, por fuerza.

IRE. ¿Qué equivocación ha de ser? ¿No está bien claro el nombre? ¿No está ahí el niño?

PASC. ¡Angelito! Y sin enterarse de nada.

SR. LUCAS. (Acabando de leer.) La Nicolasa tié razón; esto me parece demasio fuerte, porque es una canallada que no le cabe a uno en la cabeza. Él no pué tardar en venir y lo sabremos todo.

PASC. Falta hace, porque con los dos brazos ocupaos está una como inútil, y estoy viendo que se me pasa la hora del otro huevo.

EPIF. ¡Más a punto!... Aquí están el novio y la madrina.

ESCENA X

DICHOS, PABLO, LORENZA.

PAB. Me parece que no he tardao en dar la vuelta.

EPIF. (Más te valiera haberla dao de campana.)

LOR. Pero ¿qué es eso? ¿Por qué llora Irene?

IRE. ¿Yo llorar? ¡Yo no lloro!

PAB. Pues ¿cómo es que entoavía no te has cambio de ropa? Anda, mujer; ande usté, señor Lucas, que ya están los coches.

SR. LUCAS. ¡Ah! ¿Están los coches? Pues se puén aprovechar pa el bautizo.

PAB. ¿Qué quié usté decir?

IRE. Quié decir que a los Viveros te pués ir tú sólo a celebrar la boda, porque yo no voy contigo a los Viveros ni a ninguna parte.

LOR. ¡Se ha vuelto loca!

IRE. Y en cuanto salgas por esa puerta pués hacerte la cuenta de que no nos hemos casao, y no vuelvas a poner los pies en esta casa.

PAB. Pero ¿a qué viene este escándalo?

SR. LUCAS. ¿No has echao de ver que aquí hay otra persona que no es de la familia?

PASC. Servidora de ustedes.

PAB. Sí que lo he echao de ver; pero creí que había venido a comprar alguna droga.

IRE. Pues ha venido a traerla. Y basta de conversación. Ama, venga ese niño.

PASC. No, éste no; éste.

IRE. Deme usté esa carta, padre. Toma, ahí tienes los regalos de boda que te envía desde Santander una buena amiga.

PAB ¿Una amiga? ¡Mira, Irene, que esto ya pasa de la raya! Ni yo tengo amigas en Santander, ni sé a qué viene esta broma del niño. Ama, tómelo usté, o lo dejo en el suelo.

PASC. ¡Hijo de mi alma! ¡No faltaba más!

PAB. Señor Lucas, diga usté a su hija que no dé campanadas.

SR. LUCAS. Pero lee la carta, hombre, a ver si te enteras.

IRE. ¡No puedo más! ¡No puedo más! A mí me va a dar algo... ¡Qué infamia! ¡Qué vergüenza! (Se desmaya.)

NICOL. Irene, ¡por Dios!

LOR. Pero ¿por qué es esto?

EPIF. ¡Es lo que nos faltaba!

SR. LUCAS. Bueno; y tú ¿qué dices? (A Pablo, que ha leído la carta.)

PAB. Que esta Flora... que yo no sé quién es... que la verdá es que... vamos, que no sé qué diga, que no sé lo que pué ser esto.

EPIF. ¡Aflojarla el corsé!

SR. LUCAS. Tú, avisa a los convidaos que esperen.

PASC. Bueno; pero ¿me quieren ustedes decir qué hago yo con esta criatura?

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.

ESCENA PRIMERA

LUCAS, EPIFANIO

El señor Lucas sentado a la mesa, mano a mano con una copa y una botella de coñac. Epifanio de pie, sin quitar ojo de la tienda.

EPIF. Pero, señor Lucas, ¿usté sabe lo que hace?

SR. LUCAS. ¿Qué pasa?

EPIF. Que va usté con la tercera copa y no tié usté costumbre.

SR. LUCAS. ¡La tercera! ¿Estás tú seguro de que es la tercera? Porque pa mí que es la cuarta.

EPIF. Más y mejor pa lo que yo digo. Porque a ver si se va usté a poner como no se ha puesto usté nunca y es usté la irrisión del barrio.

SR. LUCAS. ¡Quiá, no tengas cuidao! Que me acuerdo de los disgustos que me dió mi difunta por causa de su afición a los licores, y primero me ahorcan que darme a la bebida.

EPIF. Pues por eso me choca.

SR. LUCAS. Pero ahora lo que quiero es calentarme

un poco, ¿sabes? y, pa que veas lo que son las cosas, tú dices que van tres, a mí se me figura que van cuatro y ni por esas me caliento.

EPIF. Y, ¿a qué viene eso? ¿Es que está usté frío por alguna cosa?

SR. LUCAS. Entiende lo que quiero decir; no es que esté frio propiamente, es que el calor que yo necesito es alegrarme, animarme, pa hacer una cosa muy difícil, y ya sabes que el hombre, cuando le falta valor pa las cosas difíciles, no tié más remedio que atizarse cuatro copas

EPIF. Según y conforme, señor Lucas, porque hay a quien le da por acobardarse más entoavía. Pero, ¿qué tié usté qué hacer, si pué saberse? ¿Es cuestión de Pablo?

SR. LUCAS. Cuestión de Pablo es, porque ya comprenderás que en esta casa, y hasta que no echemos pa atrás o pa alante, no pué haber más cuestión que ésa.

EPIF. ¿Es que le va usté a arrear unos mamporros?

SR. LUCAS. ¡Quiá, hombre! Eso de ninguna manera. No porque me falten agallas, gracias a Dios, sino porque lo echaríamos todo a perder y no adelantaríamos nada. No se trata más que de hablar un rato.

EPIF. ¿Con Pablo?

SR. LUCAS. Pa hablar con Pablo, sea de lo que sea, no necesito yo que el coñac me ayude. Es con otra persona de respeto, que no voy a saber cómo empezar la conversación.

EPIF. ¿Qué persona es esa?

SR. LUCAS. Mira, Pifanio, no te canses, porque ya te he dicho demasiao pa lo que debía. Es una idea que se le ha metido en la

cabeza a Irene y quié que sea todo reservao hasta ver si cuaja.

EPIF. Ande usté con cuidao con Irene, señor Lucas, que a mí se me figura que está un poco más soliviantada de lo que conviene.

SR. LUCAS. A mí no me tiés nada que decir, porque soy hombre y no me asusto de ciertas cosas; pero eso no quita pa que la muchacha esté dolida y con razón. ¡Ponte tú en su caso!

EPIF. Sí que el chasco ha sido regular.

SR. LUCAS. ¡Regular y pico! Por cierto que hace media hora me dijo que íbamos a salir en seguida, y con tanto esperar, acompañao por ésta (la botella) se me figura que he tomao más valor del que me hacía falta. Ahueca pa la tienda.

EPIF. Voy, voy en seguida.

SR. LUCAS. ¡Ah! Oye: si se le ocurre venir a ése, que no me chocaría nada, le dices que nos hemos mudao y que no se moleste.

EPIF. Se lo diré al pie de la letra. (Vase.)

SR. LUCAS. Este Domecq tres cepas es cosa superior. No sé si atreverme con la quinta... Ahora comprendo aquellos arranques de mi pobre Raimunda... Se vuelve uno loco.

ESCENA II

LUCAS, IRENE; al fin, NICOLASA.

IRE. Cuando usté quiera, padre.

SR. LUCAS. ¡Gracias a Dios, hija! ¡Pues no te has emperejilao tú poco!

IRE. El traje de la boda pa ir con más rabia.

SR. LUCAS. Ya ves que estoy dispuesto a acompañarte porque he hecho siempre tóo lo que has querido; pero, ¿lo has pensao bien, Irene?

IRE. Lo he pensao y lo he requetepensao; ¡como que no he pegao los ojos en toa la noche!

SR. LUCAS. El caso no era pa menos; pero quié decirse que el paso que vamos a dar es de los que tienen tres bemoles y que valía la pena de dejarlo pa mañana pa madurarlo un poco

IRE. Pero ¿qué está usté diciendo? ¡Dejarlo pa mañana! Estas cosas se hacen en seguida o no se hacen.

SR. LUCAS. Es que la campanada de ayer fué muy gorda, y si ahora remachamos el clavo...

IRE. La campanada fué como tuvo que ser. ¿O es que se cree usté que después de pasar lo que pasó podíamos vivir juntos ni un momento siquiera?

SR. LUCAS. Pero, mujer, es que a lo mejor estás equivocada.

IRE. Bueno, padre; déjese usté de músicas; o me acompaña usté o me voy yo sola.

SR. LUCAS. ¡No faltaba más! Una mujer, aunque sea mayor de edad, no pué ir sola a una cosa tan grave; máxime más teniendo un padre vivo y sano, que es el que tiene autoridá pa explicar el asunto. ¡Pues no llevo yo más que dos horas pensando cómo se le pué tomar la embocadura!

IRE. Pues ya estamos andando. (Llamando.) ¡Nicolasa! (A Lucas.) ¿Ha avisao usté a Epifanio?

SR LUCAS Sí; ya le he dicho que si viene que le despache como pueda. (Sale Nicolasa.)

NICOL. ¿Llamabas?
IRE. Sí, oye; nosotros vamos a salir por el portal, porque en la tienda pué haber gente y luego cotillean.
NICOL. Me parece bien.
IRE. En cuanto salgamos cierras la puerta con llave y no abres a nadie aunque la echen abajo.
NICOL. ¿Es que te figuras?
IRE. Me figuro que si ese pillo se nos mete en casa, va a ser muy difícil echarle.
SR. LUCAS. ¡Claro! ¡Como que tié derecho!
IRE. ¿Qué tié derecho, eh? Veremos si lo tiene. ¿Tú te has enterao, Nicolasa?
NICOL. Sí, mujer; descuida, que por aquí no entra.
IRE. Vámonos, padre.
SR. LUCAS. ¡Si que es una tornaboda que me río yo! (Vanse por la derecha. Tras ellos cierra la puerta Nicolasa, a tiempo que aparece Epifanio en la izquierda.)

ESCENA III

NICOLASA, EPIFANIO.

EPIF. ¿Qué es eso? ¿Cierras con llave?
NICOL. Me lo ha mandao Irene, que se marcha ahora mismo.
EPIF. ¿Dónde van? ¿Tú lo sabes?
NICOL. ¡Ah! Pero ¿a ti no te lo ha dicho el señor Lucas?
EPIF. Ni una palabra.
NICOL. Claro, porque contigo no tienen confianza porque lo charlas todo.
EPIF. ¿Y contigo si la tienen? ¡Pues ya están aviaos!
NICOL. Yo hablo como todo el mundo, pero sé

guardar un secreto. Y la prueba es que estás rabiando por saber algo y no te lo digo.

EPIF. Ni falta que me hace, porque sospecho a qué ha venido esta salida.

NICOL. ¿Sí? ¿A qué ha venido? Vamos a ver si aciertas.

EPIF. No pué ser más que pa una cosa: pa buscar al ama de cría y pedirla más datos; como ayer no se pudo averiguar nada...

NICOL. ¿Que no se pudo? ¡Pues si quiés más datos que el chiquillo!

EPIF. Y que a mí se me figura que se parece a Pablo.

NICOL Lo mismo podías decir que se parecía al señor Lucas. ¡Sí que eres tú gracioso! Esas criaturas tan pequeñas no se parecen a nadie o se parecen a todo el mundo. ¡Como que se confundía el ama con los dos que traía en brazos! Lo que es si no fuera por la ropa...

EPIF. Bueno; pero, ¿he acertado o no?

NICOL. No te molestes, que te quedas con las ganas. ¿No te han encargao que vigiles la tienda pa que no entre Pablo?

EPIF. Sí.

NICOL. Pues cumples bien el encarguito. Anda y ten paciencia. (Golpes en la puerta de la derecha.)

EPIF. ¿Oyes? Llaman.

NICOL. Aquí está él. Pues se lleva chasco. (Se repiten los golpes.) Y dale. ¿Quién es?

SR. JUAN. (Dentro.) Abre, Nicolasa, que soy yo.

EPIF. Es el señor Juan.

NICOL. Espera, que pué ser una añagaza. ¿Viene usté solo?

SR. JUAN. (Dentro) No; vengo con un amigo.

NICOL. (A Epifanio.) ¿Lo ves? (Alto.) Pues no se pué entrar.

SR. JUAN. (Dentro.) ¡Recontra! Pues ¿qué pasa?

NICOL. Usté pué dar la vuelta por la tienda, y el amigo que se vaya a la calle.

SR. JUAN. ¡Qué más quisiera él! No puede, hija. Hasta otro rato.

NICOL. Anda, Epifanio, que es mentira, que no se van y que de seguro dan la vuelta.

EPIF. Pero ya comprendes que si a Pablo se le antoja, ¿cómo le prohibo yo que entre en su casa? En fin, se hará lo que se pueda.

NICOL. Sí que es un compromiso. ¡Anda con Dios! ¡Si es el señor Juan solo! El otro se ha ido echando lumbre.

ESCENA IV

Dichos, JUAN.

SR. JUAN. ¿Se pué saber a qué viene esto de negarle a uno la entrada? Vaie Dios que no os he hecho caso, porque si voy con el cuento a Lucas os pone en la calle.

NICOL. Verá usté, señor Juan; es que me han dicho que no deje entrar a nadie por esta puerta.

EPIF. Ni yo por ésta.

SR. JUAN. Pues, ¿qué pasa? ¿Es que hay algún enfermo del tifus?

EPIF. No, señor; pero es que ya estará usté enterao de lo de Pablo.

SR. JUAN. Sobre eso venía. Y ¿qué tié que ver?...

NICOL. Tié que ver que como usté dijo que venía con un amigo...

SR. JUAN. ¡Anda con Dios! ¡Si el amigo es este! (Saca del bolsillo un grillo metido en su jaulita y lo deja sobre la mesa.)

EPIF. Pero, señor Juan, ¿ahora se le ha ocurrido a usté comprar un grillo?

SR. JUAN. ¡Yo qué he de comprar, hombre! Es otro pobre ser abandonao que he recogido en mitá del arroyo. Se conoce que lo tenían colgao en algún balcón y esta noche lo ha tirao el aire. No se ha matao por un milagro.

EPIF. ¿Y también le ha dao a usté lástima?

SR. JUAN. Natural, señor; él no tié la culpa de haber nacido grillo.

EPIF. Y ¿por qué no lo ha soltao usté?

SR. JUAN. ¡Claro! En la calle pa que lo pisen. Ya le soltaré en el campo el primer día que vaya a la Moncloa. Este no es muy gravoso. Con una hoja de lechuga tié pa quince días. Conque vamos a ver; ¿dónde está Irene? Porque ya os podéis figurar que no vengo a veros a vosotros.

NICOL. Ha salido con el señor Lucas.

SR. JUAN. Me alegro, porque así puedo enterarme con más libertá. ¿Queréis decirme qué es lo que ha pasao ayer en esta casa?

NICOL. Pues ya sabe usté que en cuanto vinieron los recién casaos de la iglesia se presentó un ama de cría con dos niños.

SR. JUAN. ¿Con dos? A mí me habían dicho que uno na más. ¡Pues eso es más gordo!

EPIF. No, si los dos no eran de Pablo, es decir, a Pablo no se le achaca más que uno.

NICOL. ¡Que vaya usté a saber lo que habrá de verdad en todo!

SR. JUAN. Bueno, todo eso ya lo sé, porque no se habla de otra cosa en el barrio, y en tóo Madrid, si me apuráis un poco; pero, ¿qué pasó luego?

NICOL. Pues luego... ¡Figúrese usté el escán-

dalo! La comida de los Viveros que se suspende, y que yo no tengo ná preparao; los coches que se vuelven vacíos; el señor Lucas que les dice a los convidaos que no pué ser porque se ha puesto mala la novia, y la gente que entra aquí pa convencerse de lo de la enfermedad y lo revuelve todo...; en fin, no quiera usté saber, porque no nos hemos vuelto todos locos por milagro

SR. JUAN. Y a tóo esto Pablo ¿qué hizo?

NICOL. Pues al principio se quedó muy parao y como no sabiendo qué decir.

SR. JUAN. ¡Claro! ¡Como que el golpe era de órdago!

EPIF. Luego se enzarzó de palabras con el ama de cría, que por poco le tira a la cabeza el chiquillo, y que salió de estampía diciendo no sé qué de un plazo de veinticuatro horas.

SR. JUAN. ¡Arrea! ¿Y él no le dió ninguna explicación a Irene?

NICOL. ¡Si que estaba Irene pa explicaciones! En cuanto se la pasaron el soponcio y la llantina, la entró de repente una rabia que yo no la he visto nunca de esa manera.

EPIF. Tota: que el hombre, pa dar lugar a que se calmara un poco, se marchó también a la calle, y cuando entraron los demás convidaos se les dijo que el novio había ido a buscar al médico.

SR. JUAN. Pero volvería en seguida.

NICOL. Claro que volvió por su mujer, como era natural; pero a Irene se la antojó que se marchara por donde había venido y que no contara con vivir con ella jamás de los jamases...

SR. JUAN. ¡Atiza!

EP.F. Y él que sí, y el señor Lucas que sí, y nosotros dos que sí, y ella que no y que no; y que si él entraba por una puerta, ella se marcharía por otra con el primero que pasara por la calle. Total, que no hubo modo de convencerla, y Pablo se conoce que por no empezar a pegarla el primer día de matrimonio, fué prudente y bajó la cabeza y lo dejó pa más adelante.

SR. JUAN. ¡Pues sí que ha pasao el hombre una nochecita de boda!

NICOL. Figúrese usté; la hemos pasao todos. Y lo peor es que a cada minuto que pasa la cosa tié peor arreglo.

SR. JUAN. Y ¿dónde han ido ahora?

EPIF. Esta lo sabe, pero no lo quiere decir.

NICOL. Porque me han encargao el secreto.

SR. JUAN. ¿El secreto? Entonces ya sé de lo que se trata. De dar parte a la justicia, ¿no es así?

NICOL. Algo de eso hay, sí, señor; y puesto que usté lo ha adivinao ya no tengo inconveniente en decirlo. Han ido a consultar con un abogao, que dicen que es muy bueno y que no engaña a nadie, pa ver si pué presentar una demanda de divorcio.

SR. JUAN. ¡Ta, ta, ta! Pues me parece a mí que pierden el tiempo, porque aunque sea verdá lo del chico y se pueda probar que es suyo, como el hombre no estaba casao entoavía...

NICOL. Sí, pero ella dice que la criatura se puede decir que es recién nacida, y como llevaba tres años de relaciones y él había jurao que no había tenido compro-

misos con nadie, pues lo que no puede aguantar es el engaño.

SR. JUAN. No tendrá más remedio, porque el juez no hace caso de esas historias.

EPIF. ¿Y si ella se empeña en desapartarse?

SR. JUAN. Pues se quedará como el alma de Garibay: ni casada, ni viuda, ni soltera.

EPIF. ¡Ah! Pero el alma de Garibay...

SR. JUAN. Hombre, es un digamos.

ESCENA V

DICHOS, PABLO.

PAB. Pero que muy buenos días.

SR. JUAN. ¡Más a tiempo!

EPIF. Pablo, haz el favor.

PAB ¿El favor de qué?

EPIF. De marcharte. Tenemos orden de no dejarte entrar.

PAB. ¿Sí, verdá? Pues aquí el único que pué dar órdenes soy yo, porque soy el amo... Pero, antes de nada, me alegro de encontrarle a usté, señor Juan; de su casa vengo.

SR. JUAN. ¿Me buscas pa algo?

PAB. Sí, señor; porque tengo que hablarle a usté reservadamente.

SR. JUAN. Pues pa luego es tarde.

PAB. Conque ya lo habéis oído vosotros. Hacerme el favor de ahuecar, que ya os llamaré luego.

EPIF. Es que como se han marchao Irene y el señor Lucas, y nos han dicho...

PAB. No tengáis cuidao, que ya no estaré aquí pa cuando vuelvan. No he venido a buscarles a ellos, sino al señor Juan, que me ha dicho su portera que estaría aquí de seguro.

SR. JUAN Como que la dije yo dónde iba, por si acaso.

EPIF. Entonces, bueno; pero no vayas a comprometerme.

NICOL. Por mí no hay caso, porque como has entrao por la tienda...

SR. JUAN. Oye, Epifanio, y tú, Pablo, dispensa un momento. ¿Vosotros no tendréis en la droguería ningún hierbajo fresco?

EPIF. No, señor; ¿pa que lo quiere usté?

NICOL. Yo tengo escarola, si sirve eso.

SR. JUAN. Ya lo creo que sirve; ¿está aliñada?

NICOL. No, señor.

SR. JUAN. Pues hazme el favor de una hojita, mujer, que me da el corazón que este pobre insecto está en ayunas.

NICOL. ¡Vaya, que tiene usté unas cosas! ¿Le importa a usté algo el grillo?

SR. JUAN. Me importa porque ya te he dicho que es un ser desamparao. ¿Me traes la hojita o no?

NICOL. Sí, señor, sí; en seguida (Vase.)

EPIF. ¡Que no me comprometas, Pablo!

PAB. No tengas cuidao, hombre. (Vase Epifanio.) Señor Juan, veo que sigue usté con su buen corazón.

SR. JUAN. Naturalmente, como que eso no se pué remediar; se tiene el que se tiene.

PAB. Pues mire usté, me alegro, porque ese buen corazón de usté es el que yo vengo buscando.

SR. JUAN. Cuenta con él; ¿de qué se trata?

PAB. Espere usté un poco. (Vuelve a salir Nicolasa con una hoja de escarola.)

NICOL. Aquí está esto y que de salú sirva.

SR. JUAN. Gracias, Nicolasa; este infeliz te va a deber la vida, y yo te lo agradezco como si lo comiera.

NICOL. No hay de qué; ¿quería usté algo más?

PAB. Nada; que te marches.

NICOL. Ahora mismo. (Vase.)

SR. JUAN. ¿Ves? Se ha tirao a la escarola como un lobo. Ya pués hablar cuando quieras.

PAB. El caso es que... me va a ser un poco difícil explicarle a usté lo que quiero, porque es un favor tan grande, tan grande...

SR. JUAN. No exageres, hombre.

PAB. Usté sabe lo que me pasó ayer con la Irene.

SR. JUAN. Con tu mujer

PAB. Justo, mi mujer, que se empeña en no serlo.

SR. JUAN. Y que hay que comprender que si es verdá tóo lo que me han dicho, no la fa ta razón, si bien se mira.

PAB. ¿Qué le han dicho a usté?

SR. JUAN. Que al volver de la iglesia se encontró con un ama de cría que te traía un chico de Santander pa que tuvieras ese recuerdo del día de la boda

PAB. No le han engañao a usté, porque así ha sido

SR. JUAN. Lo que no sabe nadie es lo que haya de cierto en el asunto; pero puesto que me vas a pedir un favor, supongo que me dirás la verdá para no embrollarnos.

PAB. Sí, señor; como si estuviera en trance de muerte.

SR. JUAN. Pues vamos a ver: ¿ese niño es de veras tuyo?

PAB. Ya comprenderá usté que de seguro no lo sé; pero la verdá es que puede serlo.

SR. JUAN. ¡Arrea! Pues no me negarás que la trastada es de las que entran pocas en libra.

PAB. No, señor; no lo puedo negar, pero el hombre muchas veces tiene disculpa.

SR. JUAN. Eso decimos nosotros. Y ¿cómo ha sido, hombre, cómo ha sido?

PAB. Pues como pasan siempre esas cosas. Que un día fuí con unos amigos a un baile de las Ventas y allí me encontré por casualidad con una modistilla muy guapa que me gustó mucho, y que me cegué, o que nos cegamos, y que entramos en relaciones visto y no visto.

SR. JUAN. Pero ¿tú no hablabas ya con Irene?

PAB. Sí, señor; pero ¿qué tié que ver una cosa con otra? Me gustaban las dos; pero pa casarme, con una.

SR. JUAN. ¡Muy bonito, hombre!

PAB. Total, que aquélla se fué de la noche a la mañana, que parece ser que ha tenido suerte y que me manda esa criatura como un obsequio.

SR. JUAN. Y ¿cómo es que por aquí nadie se olió nada y todos te tenían por un santo?

PAB. Porque la otra vivía allá muy lejos y nos veíamos de secreto y de tarde en tarde.

SR. JUAN. Vamos a ver: y cuando se ha sabido todo ¿tú la has dicho la verdad a Irene?

PAB. No, señor ¡No faltaba más! Yo lo he negao siempre.

SR. JUAN. Mal hecho.

PAB. Al revés, he hecho bien, pa que la quede la duda por lo menos; si se lo hubiera confesao antes pué que me hubiera perdonao; pero, ¿ahora tarde y con daño? ¡Estoy seguro de que no me lo perdonaría nunca!

SR. JUAN. Pué que estés en lo cierto. Y ¿qué vais a hacer con el chiquillo?

PAB. ¿Yo? ¡Nada! ¿No le he dicho a usté que

lo niego todo? Supongo que la mujer que lo ha traído acabará por echarlo a la Inclusa

SR. JUAN. ¡Hombre, bien! ¿Y lo dices con esa tranquilidá? ¡A la Inclusa un hijo tuyo pa que se muera de asco! Sí que hace bien la Irene en querer separarse, porque tié un corazón como un tigre.

PAB. Pero ¿yo qué voy hacer, señor Juan? ¿No ve usté que acabo de casarme y que si me ablando voy a ser desgraciao pa toa mi vida?

SR JUAN. ¡Claro! Y quieres que lo sea el niño.

PAB. El niño, en primer lugar, ni siente ni padece, y en segundo lugar, que de eso es de lo que yo tenía que consultarle.

SR. JUAN. ¿A mí? ¿Pa qué?

PAB. Pa que me ayude usté a poner el remedio.

SR. JUAN. Pues, hijo, no veo la manera. Si la madre no le quiere tener a su lao, por lo que sea, y tú no admites el traspaso...

PAB. Todo se puede arreglar, con todo y con eso.

SR. JUAN. ¿Cómo?

PAB. Haciéndose usté cargo de la criatura.

SR. JUAN. ¡Zapato! ¿Qué dices?

PAB. Que ya sé yo que usté no nada en la abundancia, pero yo le ayudaría a usté como pudiera.

SR. JUAN. ¡Vamos, hombre! ¿Te quiés callar? ¡Pues no me sale ahora con la broma de que cargue yo con el mochuelo!

PAB. Señor Juan, que el chico no es un mochuelo, y que si lo fuera y estuviera abandonao, pué que lo recogiera usté como a los perros y a los gatos, y al grillo aquí presente.

SR. JUAN. Pára el carro que no es por ahí. ¡Pues no hay poca diferencia! Tóos esos bichos se conforman con poco, y en último resultao con soltarlos está uno al cabo de la calle; pero cualquiera alimenta una persona, aunque sea de pecho. ¿Tú crees que yo no me he casao por falta de ganas? Pues ha sido por falta de posibles.

PAB. Ya le he dicho a usté que eso corre de mi cuenta.

SR. JUAN. Aunque corra, hombre, aunque corra. Yo, como sabes, me paso la noche en el almacén donde estoy de sereno, vivo solo como un hongo, me avío el cuarto y me preparo la comida como Dios me da a entender... ¿Qué mil demonios quieres que haga con el chico? ¿Que le meta también en su jaulita como a éste?

PAB. Podíamos ponerlo en ama.

SR. JUAN. Y ¿por qué no le pones tú sin contar conmigo?

PAB. Porque ¿no comprende usté que eso sería lo mismo que confesarme?

SR. JUAN. Sí, que la Irene, en cuanto sepa que yo me llevo la cría a casa, no se va a creer que estamos de acuerdo.

PAB. En eso había yo pensao también, y ese es el favor grande que quisiera pedirle.

SR. JUAN. ¿Cuál?

PAB. Que dijera usté que era suyo.

SR. JUAN. ¡Arrea! Mira, no te tiro la jaula a la cabeza, con grillo y todo, porque ya se ve que estás trastornao con lo que te pasa y no sabes lo que dices.

PAB. Al revés; lo he pensao mucho y es la única salida que tengo. Y a usté, que es tan bueno que se sacrifica por salvar la

vida de un animalito cualquiera, ¿cómo le ha de costar trabajo salvar la mía? Porque yo estoy enamorao de mi mujer, señor Juan, y comprendo que tié razón pa echarme de casa.

SR. JUAN. Pero ven acá, alma de Dios; aunque a mí se me ocurriera hacer la barbaridad que me propones, ¿te figuras tú que nadie se iba a creer que el chico era mío?

PAB. Si usté, que es una persona formal, lo decía en serio...

SR. JUAN. Y si lo creían era peor, porque el pitorreo se iba a oir en Getafe. ¡Porque miá que salir yo ahora con eso! Hasta pué que se enfadaran los dueños del almacén, que son muy beatos, y me quitaran la plaza.

PAB. De modo que se niega usté a hacerme el favor . .

SR. JUAN. ¡Mira éste! ¡Pues no parece sino que me pide un pitillo! Además, que estas son ganas de hablar y perder el tiempo. Si la madre le factura a tu nombre, porque dice que es tuyo, y además te dirige una carta con el talón que han leído todos, ¿de qué sirve que yo salga con el cuento de que he vuelto loca a una mujer guapa a mis años?

PAB. Pero ¿no le digo a usté que lo he pensao todo? Mire usté, señor Juan, si no me da usté la felicidá pa toa la vida será porque no quiera.

SR. JUAN. ¡Pero miá que eres terco!

PAB. Es que el arreglo no pué ser más sencillo. Verá usté: a un compañero de taller, que es casao, le gustó mucho una moza, y pa ponerse en relaciones con ella no la dijo que se llamaba como se

llamaba, sino como otro compañero. ¿Usté comprende?

SR. JUAN. ¿Y eso que tié que ver?

PAB. Que una cosa así es lo que podemos hacer en este caso. Usté pué decir que por su edá y por sus condiciones no le convenía dar la cara y que fué usté y tomó mi nombre. Así es que la mujer se cree a estas horas que el Pablo Ruiz Molinero, ebanista y padre del niño, es usté, y por eso le manda lo que le manda.

SR. JUAN. Que no es ninguna caja de rosquillas.

PAB. Ya lo sé; pero tóo se irá arreglando poco a poco... Usté lo que tié que pensar es que hace feliz a un matrimonio que iba a ser desgracio, y evita usté que un ser que no tié la culpa de nada vaya a parar sabe Dios dónde.

SR. JUAN. Pero, vamos a ver; supongamos que he dicho que sí, que he perdido la reputación declarando que he engañao a una joven tomando el nombre de un amigo pa cubrirme con la pinta, que no me negarás que es una canallada, ¿qué hago yo con el chico? Porque ya supondrás que no me lo voy a llevar de noche al almacén, ni le voy a dejar solo en casa con el grillo y el perro.

PAB. No, señor; porque en seguida encontrará usté una familia que se encargue de todo por lo que sea. Y como a mí, a Dios gracias, me va bastante bien, porque la carpintería, que es de mi propiedad, está muy acreditada y tié mucha parroquia...

SR. JUAN. No te canses, Pablo, porque yo soy como la manteca; pero te aseguro que ahora no me derrito.

PAB. Pues no va usté a poder dormir de remordimientos.

SR. JUAN. ¿Por qué?

PAB. Porque ha tenido usté en la mano la suerte de dos personas mayores y una menor y la ha tirao usté a la calle.

SR. JUAN. ¡Hombre! No faltaba más sino que me riñeras encima.

PAB. Sí, señor; porque usté, que se compadece de tóos los bichos desamparáos, tié el corazón de piedra berroqueña cuando se trata de una criatura humana.

SR. JUAN. Mira, Pablo, basta de conversación; porque si te dejo hablar vamos a quedar en que tú eres un infeliz y yo soy un granuja.

(Sale precipitadamente Epifanio por la izquierda.)

ESCENA VI

Dichos, EPIFANIO.

EPIF. Pronto, Pablo, haz el favor de marcharte. No me comprometas.

PAB. ¿Es que vienen?

EPIF. Sí; los he visto por el escaparate. Se han parao a hablar con la Eugenia, la de la tienda de comestibles.

PAB. No te apures, hombre, que ya me marcho; pero ahora no puedo salir sin que me vean.

SR. JUAN. Más vale que los esperes y acabáis de una vez.

PAB. ¡Quiá! No, señor. Me conviene más que hable con la Irene usté solo.

SR. JUAN. ¿Yo? ¿Pa qué?

PAB. Pa decirla lo que hemos convenido.

SR. JUAN. ¡Si no hemos convenido nada!

EPIF. Anda, que me parece que se despiden. Sal por el portal, y usté, señor Juan, en cuanto se vaya eche usté la llave. Espérate un poco, que están en la calle toavía. Yo avisaré cuando vayan a entrar.

PAB. ¡A ver cómo se porta usté con nosotros!

SR. JUAN. No te molestes.

PAB. Acuérdese usté de ese pobre niño.

SR. JUAN. Acuérdate tú que tiés la obligación por haber ido a las Ventas.

PAB. Hágase usté el cargo de que la Irene pué ser feliz y por culpa de usté va a ser desgraciada.

SR. JUAN. Que se haga el cargo la otra, que es la que tié la culpa.

PAB. Si pasa algo que me llame Epifanio. Estoy en el bar de enfrente. ¿Oyes, Epifanio?

EPIF. Ahora, vete ahora. (Vase a la tienda.)

PAB Hasta luego. (Vase por la derecha.)

SR. JUAN. Anda con Dios. (Cierra con llave.) ¡Pues sí que me ha puesto éste en un compromiso!

ESCENA VII

EL SEÑOR JUAN, IRENE, LUCAS; al fin, NICOLASA.

SR. LUCAS. ¡Hola! Ya nos ha dicho Epifanio que estabas aquí.

IRE. Señor Juan, buenos días.

SR. JUAN. No son muy buenos, que digamos.

IRE. Tié usté razón, es la costumbre. ¿Le han dejao a usté solo?

SR. JUAN. No estoy solo, mujer; estoy con éste.

SR. LUCAS. ¿Un grillo? Otra de las tuyas, de seguro.

SR. JUAN. ¡Qué se le ha de hacer! Genio y figu-

ra... Pero ¿qué es eso? Paece que estáis un poco alicaídos.

SR. LUCAS. ¿Cómo quieres que estemos?

SR. JUAN. Pues, hija, vine a saludaros ayer, como era mi obligación; pero ya os habíais marchao, y yo, la verdá, no me meto en barullos. No he nacido pa esas ceremonias solemnes.

IRE. Más vale así, señor Juan, porque usté, que es un buen amigo, hubiera tenido un disgusto.

SR. JUAN. Pero luego me ha pesao no estar presente, no creas.

SR. LUCAS. Pero ¿has visto, hombre?

SR. JUAN. ¡Sí que pasan unas cosas!

IRE. Ahora venimos de casa de un abogao que le habían recomendao a mi padre, y ¿sabe usté lo que nos ha dicho?

SR. JUAN. Que no hay de qué darlas.

SR LUCAS Eso; que como él niega no se pué hacer nada y que, aunque no negara, no se podría tampoco, porque el hecho es anterior al matrimonio y no es ningún delito.

IRE. ¡Mire usté que decir que no es delito tronchar la vida de una mujer de esta manera!... ¡Hipócrita! ¡Infame! Yo se lo hubiera perdonao todo menos el engaño. Pero pensar que mientras estaba preparando la boda... ¡Vamos, que no! ¡Que aunque lo mande la ley y lo mande Dios, yo no puedo vivir con ese hombre!

SR. JUAN. (¡Pobrecilla! La verdad es que da mucha lástima.)

SR. LUCAS. Tú calcula cómo queda esta infeliz y cómo quedamos.

SR. JUAN. Ya lo calculo, ya. Como que desde que

supe lo que había pasao no descanso ni sosiego, y no he podido pegar los ojos en tóa la noche. (¡Ea! Un huérfano más. Hay que hacer una hombrada.)

SR. LUCAS. Te agradezco mucho ese interés, Juan; ya sabía yo que eras un amigo de veras.

SR. JUAN. No; si no ha sido por amistad por lo que estoy como si me clavaran agujas; ha sido porque no me ha dejao en paz la conciencia.

SR. LUCAS. ¿A ti?

IRE. ¿A usté la conciencia? ¿Por qué?

SR. LUCAS. ¡Ah! Ya caigo. Porque tú sabías algo de los trapicheos de Pablo y no nos lo has dicho.

IRE. Sí que ha hecho usté mal, porque yo hubiera cortao a tiempo las relaciones y no me vería como me veo.

SR. JUAN. Pero ¿es que os lo váis a decir todo vosotros? ¿De dónde sacáis que es por eso por lo que tengo este roe roe y esta congoja?

SR. LUCAS. ¡Ah! ¿No es por eso?

SR. JUAN. Si hubiera sido algo así yo hubiera venido en seguida con el cuento, porque te quiero como a una sobrina enteramente, y no podía yo consentir que te engañaran. No, hija, no; yo no tenía nada que decir de los trapicheos de Pablo; porque Pablo es un ángel que no ha tenido nunca trapicheos. (De esta hecha gano la gloria.)

IRE. ¿Qué no? Pero ¿usté no sabe lo que pasó ayer? ¿No está usté enterao de lo del niño?

SR. JUAN. ¿No lo he de estar? Si por eso he venido cabalmente. Porque, ea, pa acabar más pronto, porque este peso que ten-

go encima me paece una losa de cemento: habéis de saber que el de los trapicheos ha sido este cura.

IRE. ¿Usté?

SR. LUCAS. ¿Qué dices?

SR. JUAN. ¡Pues, hombre, más claro! Que ese niño que os han traído de Santander, es mío.

IRE. ¡Suyo! ¡Qué gracioso!

SR. LUCAS. ¡Sí que tiés humor pa gastar bromas!

SR. JUAN. ¡Ah! ¿No lo creéis? (¡Ya me lo figuraba yo!) Pero ¡miá que es desgracia la de llegar a la edad madura para que se rían de las calaveradas de uno y no le crean capaz de quedar como un hombre!

IRE. Señor Juan, si quié usté defender a Pablo, toque usté otro registro.

SR. JUAN. ¿Quiés que te lo jure por algo sagrao?

SR. LUCAS. No jures, que te condenas.

SR. JUAN. A mí de lo que haya hecho Pablo o haya dejao de hacer se me importa un pimiento, y no tengo por qué venir a defenderle; yo lo que no puedo pasar como hombre honrao que soy, es que por culpa mía se haya armao este escándalo y se deshaga un matrimonio, ¿entiendes? Porque yo he hecho una canallada imperdonable, una verdadera canallada, y no la voy a coronar dejando que paguen justos por pecadores.

IRE. Pero ¿se pone usté serio? ¿Es que es de veras?

SR. LUCAS. ¿Quiés acabar de una vez y explicarte claro?

SR. JUAN. (Ya parece que pican.)

SR. LUCAS. El que te hubieras metido en una aventura a tus años podía ser una sandez, pero no una canallada.

SR. JUAN. Natural, señor, y en eso estamos todos; pero la mala acción no está en lo hecho, sino en no haber dao la cara.

SR. LUCAS. No te entiendo.

SR. JUAN. Pues es muy fácil. Que me dió mucha vergüenza que algún día pudiera saberse que el señor Juan, el sereno, que tiene en el barrio una fama de hombre formal y honrao, ganada a pulso, le había jugao una trastada a una mujer pa luego no casarse. Y por eso nunca la dije la verdá de quién era ni de cómo me llamaba, y se me ocurrió tomar el nombre de un amigo. ¡No he sido yo el primero!

IRE. Y tomó usté el de Pablo.

SR. JUAN. Justo, el de Pablo, y hasta la dije que tenía una carpintería en la calle de Calatrava, y por eso me ha mandao allí la criatura.

IRE. ¡Qué casualidá que no haya ido ella nunca a verle a usté al taller y se hubiera descubierto la trampa!

SR. JUAN. Es que se lo tenía yo prohibido pa no alarmar a la familia.

SR. LUCAS. Pero con haberte casao estabas al cabo de la calle.

SR. JUAN. Eso no se me pasó nunca por la imaginacion, la verdá. Porque la chica me pareció siempre un poco ligera de cascos, ¿sabes? Y como había tanta diferencia de edad, pues... lo más probable era que más tarde o más temprano hubiera acabao por darme un disgusto. (Que me perdone la pobre, pero no tengo otro remedio.)

RE. Y ¿dónde conoció usté a Flora?

SR. JUAN. ¿A Flora? Pues a Flora la conocí... (Se

llama Flora. Si me llegan a preguntar antes el nombre me chaflan la papeleta.) La conocí en las Ventas, una tarde que fuí allí de merienda con unos amigos. Ella estaba con unas amigas y se conoce que había bebido algo. . Yo tampoco estaba muy católico contra mi costumbre; empezó a bromear conmigo, yo empecé a bromear con ella, y como tengo ángel y no me falta un poco de labia..., pues ya estáis viendo en lo que han acabao las bromas.

IRE. Bueno, señor Juan. ¿Está usté hablando de formalidad? ¿Sí o no?

SR. JUAN. Pero, mujer, ¿iba yo a acusarme de una granujada semejante y a cargar con las consecuencias por el gusto de pasar el rato? Lo que hace falta es que me perdonéis todos y na más. (¡Miá que pedir yo que me perdonen!)

IRE. Entonces... está usté dispuesto a recoger el chico...

SR. JUAN. Naturalmente; como que yo seré un mal amigo, pero no soy un mal padre.

IRE. Pues va a ser en seguida. (Llamando.) ¡Nicolasa! No ha podido usted llegar más a tiempo, porque el ama nos había dao veinticuatro horas de plazo pa echarle a la Inclusa.

SR. JUAN. ¿Ves? ¡A la Inclusa un hijo mío! Luego me hubiera muerto de rabia. (Sale Nicolasa por el foro.)

NICOL. ¿Querías algo?

IRE. ¿Tú sabes dónde vive el ama?

NICOL. Apunté las señas en un papelito. Epifanio lo tiene.

IRE. Pues pídesele a Epifanio y vete ahora mismo a decirla que venga.

NICOL. ¿Con los niños?

IRE. Con el de Santander, por lo menos.

NICOL. Voy a escape. (Vase por la izquierda.)

SR. JUAN. Sí, sí; que lo traigan en seguida. ¡Hijo de mis entrañas! ¡Tengo una gana de comérmelo a besos! (Me parece que no estoy mal. Hasta tierno me pongo.)

SR. LUCAS. Y ya pués soltar el pájaro, regalar el perro y tirar el grillo, porque ahora ya son palabras mayores.

SR. JUAN. ¿Te quiés callar? ¿Qué culpa tienen los pobres animales? Seguirán en casa pa entretener al heredero.

IRE. Piénselo usté bien, señor Juan. Mire usté que a mí se me figura todavía que está usté haciendo una comedia.

SR. LUCAS. Pero mira que eres terca, mujer; cuando él lo dice y lo sostiene, siendo el único que sale perdiendo...

SR. JUAN. Aquí tu padre tié razón que le sobra. Echarme yo encima un sambenito de esa clase pa que pudiera ser feliz otro que ni siquiera es de la familia, sería sentar plaza de santo. (De santo y de tonto de capirote).

IRE. Pues no sabe usté lo que me alegro, señor Juan, y lo que le agradezco que se haya presentao a confesarlo todo, porque la verdá es que estoy enamorada de mi marido con tóa el alma y hubiera acabao por volverme loca.

SR. JUAN. Yo también me alegro de que Dios me haya tocao en el corazón pa arrepentirme a tiempo. (Acabaré por creérmelo yo mismo.)

ESCENA VIII

Dichos, EPIFANIO, PABLO.

EPIF. (Dentro.) ¡Que te digo que no pué ser!
PAB. Que te digo que sí, no te pongas tonto.
EPIF. (Dentro.) ¡Miá que me pones en un compromiso!
PAB. (Dentro.) Sales de él como puedas.
SR. LUCAS. Pero, ¿qué va a ser esto.
EPIF. (Saliendo.) Aquí, Pablo, que se empeña en entrar, y como usté me ha encargao que no le deje...
SR. LUCAS. Ya pués dejarle, ¿verdá, Irene?
IRE. Sí; está en su casa. (Sale Pablo.)
PAB. Gracias a Dios que lo dices, mujer: ¿estás ya convencida?
IRE. ¿De qué?
PAB. ¿De qué ha de ser? De lo que tenías que convencerte. (¿A que no ha dicho nada el señor Juan y lo voy a echar a perder todavía?) Te advierto que yo no me hubiera atrevido a venir si no fuera porque desde el bar de enfrente he visto salir a Nico asa y me ha dicho dónde iba.
IRE. Si; a buscar al ama.
PAB. Ya lo sé, y eso es lo que me ha hecho pensar que ha pasao algo.
IRE. Ha pasao que, la verdá, yo no te creía cuando negabas; pero como se ha descubierto todo...
PAB. ¿Sí? ¿Qué se ha descubierto? (¡Estoy volao!)
SR. JUAN. (Está que le ahogan con un pelo.)
IRE. Que ha parecido el padre del niño.
PAB. ¿De veras? ¿Quién es?
IRE. Pues... uno que había tomao tu nombre.

PAB ¿Ves lo que yo te decía? ¡Pillo! ¡Granuja! ¡Dime dónde está pa matarlo!

SR. JUAN. (No faltaría otra cosa.)

IRE. Perdónale, Pablo; se ha confesao a tiempo y nos ha devuelto la tranquilidad, la alegría y el cariño.

PAB. ¡Bendita seas! Pero yo no me puedo quedar sin conocerle.

SR. JUAN. He sido yo, ¡ea! ¿Qué tenemos con eso?

PAB. ¿Usté?

EPIF. (¡El señor Juan! ¡La mosquita muerta!)

PAB. ¿Con que ha sido usté el que me ha hecho la trastada? ¿Usté que decía que era mi amigo? ¡Maldita sea, hombre! ¡Si no reparara en la edad que usté tiene...! (Zarandeándole como si quisiera deshacerle.)

SR. JUAN. (Oye, tú, que no hagas el papel tan a lo vivo.)

PAB. (Perdóneme usté, señor Juan; pero tengo que enfadarme mucho.)

IRE. Déjale, Pablo; él no podía figurarse...

PAB. Porque tú me lo pides le dejo.

SR. JUAN. Muchas gracias, hombre.

PAB. ¿Nos podemos dar un abrazo?

IRE. Tóos los que quieras y pa siempre. (Se abrazan.) ¿No me has engañao nunca?

PAB. ¡Nunca, nunca! Te lo juro por la salú de tu padre.

SR. LUCAS. Pon la de otro, por si acaso.

SR. JUAN. (Sí que es fresco el amigo.) Bueno, Lucas, esos se ponen tiernos y yo estoy aquí demás. Manda lo que quieras.

SR. LUCAS. ¿No esperas al ama?

SR. JUAN. ¿Pa qué? Ya sabéis dónde vivo, y... la verdá, recibirla yo me iba a dar un poco de vergüenza. Ahora me voy a casa a prepararla pa cuando llegue el angelito y después... al cielo vestido y calzado.

¡Pareja feliz, por muchos años! (Medio mutis.)

IRE. Señor Juan, muchas gracias.

SR. JUAN. ¡Anda con Dios! Se me olvidaba lo principal.

SR. LUCAS. ¿Qué es?

SR. JUAN. La jaula, hombre; este infeliz no tiene la culpa, y los recién casaos no están pa grillos.

SR. LUCAS. Que le críes con salud.

SR. JUAN. ¿Al grillo?

SR. LUCAS. A la criatura, hombre.

SR. JUAN. Se hará lo que se pueda.

IRE. ¿Me quieres mucho?

PAB. ¡Como siempre!

SR. JUAN. (Yéndose.) ¡San Juan Bartolomé Campuzano, sereno y mártir!

TELON

ACTO TERCERO

Habitación pobremente amueblada del piso en que habita el señor Juan. Al foro una ventana grande que da al patio. A la izquierda, una puerta que comunica con las piezas interiores, y a la derecha otra que da al pasillo que conduce a la escalera. Junto a la pared del fondo, un sofá deteriorado; en el centro, una mesita con tapete; en la pared de la izquierda, un armario modesto; en el resto, sillas variadas. Colgadas junto a la ventana las dos jaulas que ya conoce el público, una con un pájaro y otra con un grillo. Es de día.

ESCENA PRIMERA

EL SEÑOR JUAN, LORENZA.

(El señor Juan tendido en el sofá, donde previamente ha colocado una almohada, duerme como un bendito. Suena el timbre de la puerta, pero como si no sonara. Pausa larga. Vuelve a sonar el timbre.)

SR. JUAN. ¿Eh? Me parece que llaman. Pero, hombre, ¡que siempre me han de despertar en lo mejor del sueño! ¡Y con lo que estaba soñando ahora! Voy, voy en seguida (Vase derecha y vuelve a poco con Lorenza.) Pasa, mujer, pasa. ¿Tú por aquí a estas horas? ¿Qué es esto?

LOR. Suerte que tiene usté, que le vienen a ver las mozas. Pero antes de nada, dé-

jeme usté que me siente, que aunque me ha tenido usté un rato en el descansillo, como hay unos cuantos escalones...

SR. JUAN. Sí que hay unos cuantos, ¿a quién se lo cuentas?

LOR. ¡Podía usté vivir un poco más arriba!

SR. JUAN. Ya le he pedido al casero el principal pa cuando se desalquile. Lo que hay es que me lo tié que amueblar como es debido y echar todos los meses el recibo a partidas fallidas.

LOR. No va a querer.

SR. JUAN. Lo sentiré mucho, porque tendrás que molestarte cuando vengas. Pero bueno, ¿a qué se debe esta visita?

LOR. Pues vengo de parte de mi hermano.

SR. JUAN. ¡Hola! ¿Has visto a Pablito?

LOR. Sí, señor; fué a casa en cuanto hizo las paces con su mujer a contármelo todo. Al principio estaba furioso contra usté por la perrería que le ha hecho; pero ya se le ha pasao, porque es incapaz de guardar rencor a nadie.

SR. JUAN. ¡Ah! ¿De modo que le he hecho una perrería y me ha perdonao? ¿Sabes, Lorenza, que es enteramente un ángel tu hermanito?

LOR. Sí, señor; un ángel.

SR. JUAN. Pues ya le pués avisar de que como me desacredite demasiao le voy a cortar yo las alitas. ¡Miá que hasta con la familia, hombre!

LOR. ¿Qué quié usté decir?

SR. JUAN. Nada, nada; sigue.

LOR. Pues sí, señor; me ha enterao de todo, y por cierto que por poco me caigo redonda. ¡Mira que salirnos usté con lo

que nos ha salido, después de tantos años de formalidá! Ya está visto que no se puede una fiar ni de la camisa que lleva puesta.

SR. JUAN. De esta camisa sí que pués fiarte. Pero ¿no vas a decir a lo que vienes?

LOR. Sí, señor; vengo porque mi hermano, pa que vea usté que ya no se acuerda de lo pasao...

SR. JUAN. Más valía que se acordara.

LOR. Pues me ha encargao que viniera a verle y le trajera esto, que dice que le va a hacer a usté mucha falta. (Le entrega una caja.)

SR. JUAN. Y eso ¿qué es?

LOR. Abra usté la caja y véalo. (Juan obedece y encuentra un biberón.)

SR. JUAN. ¡Rediez! ¿Qué es esto?

LOR. Un biberón me paece que se llama. Me ha dicho Pablo: «El señor Juan puede que no haya caído en la cuenta, y un niño no es un canario que se le machacan unos cañamones y ya está listo. O necesita un ama o necesita un aparato».

SR. JUAN. Y me manda el aparato. ¡Si cuando te digo que tu hermano es de oro!

LOR. Que se conoce que le ha tomao ley al niño. ¡Como el pobrecillo no tiene la culpa!

SR. JUAN. ¿Sí, verdá? Pues mira, le das las gracias de mi parte y le dices que pa otra vez me haga el favor completo. Este cacharro no sirve pa nada si no tiene leche.

LOR. ¡Pues es verdá que se me ha olvidao!

SR. JUAN. Y el caso es que yo he traído esta mañana la del perro, pero como tenía hambre atrasada, despachó la ración en seguida.

LOR. Démelo usté, que voy a llenarlo.
SR. JUAN. No corre prisa, mujer; a saber si vendrá o no vendrá a mi poder la criatura.
LOR. Eso es seguro. ¡Como que ya creí que lo habían traído!
SR. JUAN. ¡Caramba, hija! ¡Pues ni que hubiera venido por el aire!
LOR. De todas maneras me parece que debe usté estar preparao. En un vuelo voy a la lechería y vuelvo.
SR. JUAN. Bueno, mujer, ya que te empeñas...
LOR. ¡Y eso que la dichosa escalerita!
SR. JUAN. Pero espera, toma los cuartos.
LOR. ¡No faltaba más! Esto es cosa de mi hermano también, pa que, como usté dice, sea el favor completo. Hasta ahora mismo, señor Juan.
SR. JUAN. Vete con Dios, y muchas gracias. (Al abrir Lorenza la puerta para marcharse se supone que ve en el pasillo a los que llegan.)
LOR. ¡Anda! En mentando al ruin de Roma... Mire usté quién llega. Entrar, entrar, que os están esperando. (Vase. En seguida entran Epifanio y Nicolasa. Éste trae el niño en brazos.)

ESCENA II

JUAN, NICOLASA, EPIFANIO.

NICOL. Buenas tardes, señor Juan.
SR. JUAN. ¡Hola, pajarita! ¿Qué hay de bueno? Es decir, ya veo lo que hay.
EPIF. Usté perdone que no hayamos venido antes.
SR. JUAN. No hay de qué, hijo; al contrario, no corría ninguna prisa.
EPIF. ¿Ves, Nicolasa, como tenía yo razón?

Esta se empeñaba en que estaría usté impaciente.

NICOL. ¡Claro! ¡Comó no conocía al niño! Vea usté, señor Juan, es su vivo retrato.

SR. JUAN. ¿El vivo retrato de quién?

NICOL. De usté. Fíjese usté en las narices y en el entrecejo.

SR. JUAN. Ya me fijo, ya; sus agujeritos, sus cejitas..., enteramente como yo de recién nacido.

EPIF. No lo tome usté a broma, no, que sí se le da un aire.

SR. JUAN. El aire te lo voy a dar yo a ti si no cambias el disco. Pero ¿por qué os habéis molestao vosotros y no me lo ha traído el ama?

EPIF. Porque el ama será del Valle de Pas, pero parece de las Siete Villas. ¡Rediez, qué mujer más testaruda! Se la ha metido en la cabeza que, puesto que aquél es Pablo Ruiz Molinero, a él tiene que entregarle el encargo, porque en Santander la hicieron jurar que no se lo dejaría a otra persona.

SR. JUAN. Pero que muy bien hecho; como que está en lo firme.

NICOL. La hemos dicho que era otro el que había tomao el nombre, pero como si no.

EPIF. Dice que a ella no la vayan con cuentos, y que si hay algún enredijo que lo deshagan los que le armaron.

NICOL. Allí se ha quedao siguiendo la disputa; conque Irene me dijo: anda, llévale el chico al señor Juan, y que te acompañe Epifanio, por si se le ocurre alguna cosa.

SR. JUAN. Pues mejor hubiera sido que hubiérais convencido al ama, porque si tarda la

Lorenza en traer la leche y el amigo coge una perra, no le voy a entretener con el grillo.

NICOL. ¡Qué ha de coger el infeliz, si no rechista! En lo prudente y en lo formal también sale a su padre.

SR. JUAN. ¿Sí, eh? Pues lo que yo digo es que como salga al padre ya te pués reir de la formalidá y de la prudencia.

NICOL. Es verdá, que no me acordaba de que nos ha salido usté pez a última hora.

SR. JUAN. Mira, niña, dame el chico y ya estáis picando, que lo que teníais que hacer ya está hecho, y no quiero sulfurarme.

NICOL. ¿Y quién le ha dicho a usté que ya hemos acabao? Anda, Epifanio, dale la carta.

SR. JUAN. ¡Ah! Pero, ¿también hay una epistolita?

NICOL. Dirigida a Pablo, naturalmente; pero como la señora creía que usté era Pablo...

EPIF. Ahí la tiene usté. (Le entrega la carta.)

SR. JUAN. Hazme tú el favor de leérmela, que con éste en brazos no me las manejo, y así os enteráis vosotros de paso.

NICOL. ¡Si nosotros ya la hemos leído!

EPIF. En aquella casa se la sabe de memoria todo el mundo.

SR. JUAN. Pues dímela, aunque sea de memoria.

EPIF. (Leyendo.) Oiga usté: «Pablo de mi alma».

SR. JUAN. ¡Qué rica! Sigue.

EPIF. «Aunque tú te portaste conmigo muy medianamente, no tengo más remedio que acudir a ti, porque lo que te mando adjunto te pertenece, y recordarás que te había anunciado algo la última vez que nos vimos...»

NICOL. ¿De modo que usté ya lo sabía?

SR. JUAN. Sí, hija, sí; yo lo sabía todo. Adelante.

EPIF. «La portadora de la presente te explicará lo que me pasa y supongo que te portarás como es debido, aunque no sea más que en recuerdo de cuando me llamabas tu chata y tu negra...»

SR. JUAN. ¡Mis piropos de siempre! Esa Florita es tan campechana... ¿Qué más?

EPIF. Nada más. «No te olvida tu Flora».

SR. JUAN. Muy bien; pues ahora no me falta más que ver al ama de cría pa que me cuente lo que le pasa a mi negra.

NICOL. ¡Ah! Pero, ¿usté no lo sabe?

SR. JUAN. ¿Yo? ¿De qué, si nadie me lo ha dicho?

NICOL. Pues la pasa que la ha salido un pretendiente millonario que quié casarse con ella, y como usté comprende...

SR. JUAN. ¡Acabáramos! ¿De modo que no sólo hago aquí un favor muy grande, sino que hago otro regular en Santander? Pues tié razón Flora; ¡me porto como es debido!

NICOL. Hace usté muy bien, señor Juan, y vámonos, Pifanio, que ahora sí que se ha acabao lo que se daba.

EPIF. Vete tú sola, que yo tengo que hablar un rato toavía con el señor Juan de parte de Pablo.

SR. JUAN. ¿Otro encarguito?

NICOL. Pues díselo y vamos.

EPIF. No pué ser estando tú delante, porque es pa hombres solos.

NICOL. ¡Ay, hijo! ¡Cuántos misterios! Pues hasta la vista, señor Juan, y salú pa criarle.

SR. JUAN. Gracias, Nicolasa.

NICOL. Tú no tardes mucho.

EPIF. Voy en seguida.

ESCENA III

JUAN, EPIFANIO.

SR. JUAN. ¿Es largo lo que tiés que decirme?

EPIF. Regular de largo.

SR. JUAN. Pues aguarda un poco que acueste a éste, porque como entoavía no tengo costumbre, ¿sabes?... No voy a tener más remedio que tomar una niñera pa los dos...

EPIF. Pero, ¡señor Juan! ¿Toavía no ha escarmentao usté?

SR. JUAN. Es una broma, hombre. ¡Míale! Dormidito. Me paece que no me va a dar mucha guerra. (Vase por la izquierda.)

EPIF. Es más bueno que una rosquilla bañada. Lo que hace este hombre no hay quien lo haga en el mundo. (Acercándose a la ventana y fijándose en las jaulas.) ¡Hola! Este debe de ser el de la pata rota... Tenía razón el señor Juan; parece que mira a la gente como agradecido de que le estén curando... No tengas cuidao, que en cuanto estés bueno te sueltan. (Vuelve a salir el señor Juan con el perrito en brazos.)

SR. JUAN. He sacao a éste de la cama, ¿sabes? porque donde hay patrón no manda marinero y me parece que con el sofá tiene bastante. Es muy retozón y muy cariñoso, pero me hace mucho gasto... Menos mal que cuando los dos sean más grandes jugará con el chico. Ahí quietecito ¿eh? no vayas a caerte.

EPIF. Sí que se busca usté entretenimientos.

SR. JUAN. Pa no aburrirme, hijo. Conque vamos a ver el recao que me traes de parte de Pablo.

EPIF. Pues que me lo ha dicho todo.

SR. JUAN. ¿Qué es todo?

EPIF. La verdá de lo que pasa; que usté se ha prestao a hacer una comedia y a que le insulte todo el mundo pa que él no sea desgraciao en el matrimonio.

SR. JUAN ¡Ah! ¿Sí? Pues si empieza a contar el secreto a los amigos no vamos a adelantar nada.

EPIF. Es que ya me había yo figurao que tóo era mentira, y en cuanto se lo dije prefirió confesarse pa que no hiciera averiguaciones, y, además, porque me necesita.

SR. JUAN. ¿A ti, por qué?

EPIF. Porque siempre es bueno tener una persona de confianza cuando uno está metido en un trapicheo. Por ejemplo, este recao que le traigo a usté no se lo pué traer cualquiera.

SR. JUAN. ¿Qué es ello?

EPIF. Ello es, decirle a usté que a Pablo le parece mejor que se ponga el chico en ama, y luego más adelante ya veríamos; pero que si usté quiere criarlo personalmente...

SR. JUAN. Pero entonces, ¿pa qué me ha mandao un biberón con la Lorenza?

EPIF. Porque no había visto el anuncio en el periódico.

SR. JUAN. ¿Qué anuncio?

EPIF. El de una mujer con leche fresca que se ofrece pa criar en su casa. Y como ya sabe usté que Pablo está dispuesto a correr con todo...

SR. JUAN. Pues ni que decir tiene. ¿Dónde vive esa mujer?

EPIF. Me ha dicho, que si no quié usté moles-

tarse que vaya yo a enterarme y a cerrar el trato y que ella misma venga en seguida por el niño.

SR. JUAN. ¿Sabes, Pifanio, que Pablito se porta como un hombre? Ahora, que si la Irene se entera, ríete tú de las catástrofes.

EPIF. Pero, ¿por qué se ha de enterar? Conque, ¿voy, o qué hago?

SR. JUAN. Sí, hombre, sí; ya estás aquí de vuelta.

EPIF. Pues hasta ahora.

SR. JUAN. ¡Ah! y no te fijes en el precio. Aquí no se escatima nada. (Vase Epifanio por la derecha.) Tié razón Pablo, que lo mejor es eso. Yo cargo con la responsabilidá y él carga con los gastos; y en cuanto el chico se destete le pone en un colegio, yo le saco a paseo jueves y domingos y le voy enterando poco a poco de las cosas del mundo pa que se haga un hombre... y ¡quién sabe si será el apoyo de mi vejez esa criatura! Cuando menos se piensa le premian a uno las buenas acciones... ¿Eh? ¿Quién anda ahí?

ESCENA IV

JUAN, PASCUALA.

PASC. Servidora.

SR. JUAN. ¡Caray! ¿Quién la abierto a usté la puerta?

PASC. Nadie; estaba de par en par.

SR. JUAN. ¡Ese Epifanio! Pues también es casualidá que se hayan ustés encontrao en la escalera cuando él iba a buscarla.

PASC. Pero ¿qué está usté diciendo, buen hombre?

SR. JUAN. ¿No es usté la que se ofrece pa criar en su casa?

PASC. ¿En mi casa?

SR. JUAN. ¡Ay! Es verdá, que no me había fijao en el atavío, que es de casa de los padres. Pues... usté dirá lo que quiere.

PASC. ¿No es usté el señor Juan Bartolomé?

SR. JUAN. Para servirla. ¿Quiere usted sentarse?

PASC. Sí, señor; con permiso. (Lo hace.) Tiene usté muchas escaleras.

SR. JUAN. Otros tendrán menos.

PASC. De modo que es usté el señor Juan Bartolomé, que se hizo pasar por un amigo pa cortejar a una muchacha.

SR. JUAN. ¿Ya se lo han dicho a usté?

PASC. Como que soy yo la que le ha traído a usté el chico y la carta; es decir, ambas cosas eran pa el señor Pablo Ruiz Molinero; pero como ahora salimos con que era usté el que pasaba por el señor Pablo...

SR. JUAN. Sí, señora; ahora hemos salido con esas.

PASC. Por supuesto, que pa la tonta de la mujer del otro que se lo ha creído. A mí, que he venido a criar a Madrid cuatro veces con ésta, no me la hubieran ustedes dao con queso, como dicen ustedes.

SR. JUAN. ¡Ah! Pero ¿es que usté se figura?...

PASC. Que aquí hay gato encerrao y que ustedes sabrán por qué han hecho lo que han hecho; pero no hay más que mirarle a usté la cara pa comprender que no ha podido usté engañar a la señorita Flora ni a nadie.

SR. JUAN. Oiga usté, ama, que usté no me conoce.

PASC. Pero conozco a la señorita Flora que,

como guapa, es guapa de veras, y como lista, corta un pelo en el aire...

SR. JUAN. Y eso ¿qué tié que ver?

PASC. Que no es ella capaz de volverse loca por un carcamal como es usté si no la tiene mucha cuenta; y como a la vista salta que por el interés no puede haber sido...

SR. JUAN. ¡Pues sí que tiene usté una lengüecita como un hacha! ¡Rediez con las pasiegas! ¿Y ha subido usté tantas escaleras pa ponerme verde?

PASC. No, señor; ¿a mí que me importa? He subido porque me han dicho en la otra casa que estaba aquí el niño y que usté había declarao que era su padre.

SR. JUAN. Las dos cosas son ciertas.

PASC. La primera sí, y la segunda también... pa la mujer del otro.

SR. JUAN. ¡Y dale, molino!

PASC. No; si ya le digo a usté que por mí pueden ustés tener todos los enredos que quieran... ¡Allá usté con su conciencia y el otro con la suya! Después de todo, puede que esa mentira de usté le traiga la suerte, que por lo que está a la vista buena falta le hace.

SR. JUAN. ¿A mí la suerte? ¿A qué santo?

PASC. Ya se lo contará a usté su amigo pa darle una sorpresa. Yo se lo acabo de decir reservadamente a él y al suegro, y se han quedao los dos como quien ve visiones.

SR. JUAN. Dígamelo usté también a mí pa ver si las veo.

PASC. No; porque me han encargao que me calle porque quiere sorprenderle a usté el señor Pablo. Es más, me han pedido

por Dios que no se lo cuente a nadie tampoco pa que no se entere usté de nada hasta que él se lo diga.

SR. JUAN. Ama, me está usté haciendo un taco; ¿no quedamos en que en ese secreto puede estar mi suerte?

PASC. ¡Y tanto!

SR. JUAN. Pues yo comprendo que no quisiera usté darme una mala noticia; pero siendo una cosa buena, cuanto más pronto mejor, aunque se lo haya prohibido a usté el moro Muza.

PASC. Puede que tenga usté razón, que no sé a qué viene...

SR. JUAN. Natural; hasta por encima del pelo.

PASC. ¿Me promete usté no decirle al señor Pablo que yo se lo he dicho?

SR. JUAN. Por estas que son cruces

PASC. Pues ha de saber usté que el chiquillo no viene solo.

SR. JUAN. ¿Trae escolta por un casual?

PASC. Trae... un dote de una porción de duros, que me parece que son veinte mil, y me quedo corta.

SR. JUAN. ¡Arrea! ¡Cien mil beatas! ¡Pero si eso es el premio gordo! ¿Está usté segura?

PASC. ¡Y tan segura!

SR. JUAN. Pues se ha quedao el almacén sin guarda de noche. ¡Como no vaya Rita! Y... ¿ha traído usté misma el obsequio?

PASC. ¿Yo? ¡Dios me libre! Una mujer sola con tanto dinero encima y en un viaje tan largo... Aunque me lo hubieran entregao no hubiera yo querido. Lo mandará la señorita Flora en cuanto yo la avise que ha parecido el padre.

SR. JUAN. ¡Canastos! Así como quien manda una

cajetilla .. Pero ¿tanto ha prosperao esa muchacha?

PASC. ¡Anda! Si no se pué usté figurar cómo la tiene el indiano. Sólo en alhajas tiene más del doble, y con decirle a usté que vive en un hotel del Sardinero que es de su propiedad, y usa un automóvil de los grandes...

SR. JUAN. ¡Demonio de Florita! Pero, vamos a ver: y ¿por qué se ha guardao usté el notición de los veinte mil duros pa última hora?

PASC. Pues... verá usté, porque me lo encargó ella.

SR. JUAN. ¿Ella?

PASC. Sí, señor; me dijo: «ama, en cuanto llegue usté, busca a Pablo y le entrega el niño y la carta. Si niega y se hace el remolón, le deja usté veinticuatro horas pa que lo piense, y luego le dice usté lo del dote, que eso pué que le anime.

SR. JUAN. No es tonta la modistilla, no.

PASC. Conque por eso hoy, cuando me han llamao a aquella casa, le he contao el cuento al otro.

SR. JUAN. Pero si era a mí a quien tenía usté que contárselo...

PASC. A usté no, porque no ha negao nada y... yo sé lo que me hago.

SR. JUAN. Pues mire usté, casi estoy por volverme atrás de lo dicho.

PASC. ¿Por qué?

SR. JUAN. Porque va a parecer que lo hago por interés, y las buenas acciones por interés ya no son tan buenas. ¿Está usté segura de que Pablo la ha prohibido decírmelo?

PASC. Sí, señor; él y el suegro.

SR. JUAN. Pues hay para escamarse, ama.

PASC. Eso creo, señor Juan Bartolomé. (Llanto de niño dentro.) Calle usté, ¿qué es eso?

SR. JUAN. Que se ha despertao el muñeco de los veinte mil duros.

PASC. ¡Hijo de mi alma! ¡Como que es su hora!

SR. JUAN. Y el caso es que yo no tengo el biberón todavía.

PASC. Pero, ¿para qué estoy yo aquí, buen hombre? ¿Dónde le tiene usté metido?

SR. JUAN. Ahí en mi cama. Venga usté. (Suena el timbre.) Llaman. Vaya usté sola; ahí a la izquierda; no tiene pierde.

PASC. ¿Querrá usté creer que le he tomao ley en tres días? No llores, corazón, no llores. (Vase por la izquierda.)

SR. JUAN. ¡Quién había de figurárselo! ¡Si ya decía yo que Dios premia las buenas acciones! (Timbre otra vez.) Voy allá. Será Epifanio o será la Lorenza. (Vase derecha, y en seguida vuelve con Irene y Pablo.)

ESCENA V

JUAN, IRENE, PABLO.

SR. JUAN. ¡Cómo! ¿Sois vosotros! ¿Qué es esto?

IRE. Señor Juan, buenas tardes.

PAB. ¿Ves cómo te dije yo que no nos esperaba?

SR. JUAN. Naturalmente; pero pasar, pasar... ¿Es que se ha caído alguna estrellita del cielo?

PAB. No se ha caído nada, no, señor... Es que comprenderá usté que casi teníamos la obligación de hacerle esta visita.

SR. JUAN. Vamos, sí; la visita de los recién casaos pa ofrecer la casa. Pero yo soy de confianza y estábais cumplidos. (A mí no me la dáis vosotros.)

IRE. Es lo que yo le dije a éste; pero, hombre, si el señor Juan es como de la familia, aunque hizo lo que hizo.

SR. JUAN. Claro que aunque hice lo que hice.

IRE. Y como luego ha confesao la falta y se ha hecho cargo de todo pa que nosotros seamos felices...; porque vamos a ser muy felices, ¿verdá, Pablo?

PAB. Tú verás si hasta ahora tiés alguna queja.

SR. JUAN. Hombre, no faltaba más; ¡al día siguiente!

IRE. Es que yo, la verdá, si el corazón no me hubiera dicho que eso del nombre cambiao no era una mentira, aunque te hubiera perdonao cuando pasara el tiempo, no hubiera podido vivir con tranquilidad y hubiera desconfiao toda la vida.

SR. JUAN. Menos mal que te lo dijo el corazón...

PAB. Eso te servirá pa no dudar nunca, y pa quererme siempre como yo a ti, con toda el alma.

IRE. ¿Verdá que siempre?

PAB. ¡Siempre, mi lucero, mi vida!

SR. JUAN. (No le faltaba más que llamarla su chata y su negra como a la otra.)

IRE. Nos ponemos muy melosos, ¿verdá, señor Juan?

SR. JUAN. No tié nada de particular, mujer. Lo que hay es que os podíais haber ahorrao el viaje, porque pa los arrumacos está uno mejor en su casa.

PAB. Tié usté razón, y vamos a otra cosa. Ya sé que le han traído a usté el chico.

SR. JUAN. (¡Hola! Ya pareció el peine). Sí; hace un rato.

PAB. ¿Dónde lo tiene usté?

SR. JUAN. Pues... por ahí anda.

IRE. ¿Qué anda ya?

SR. JUAN. Es un decir, mujer. ¡Qué más quisiera yo que mandarlo a Santander dando un paseito!

IRE. ¿Y no podemos verle?

SR. JUAN. No, ahora no; porque está mamando.

IRE. ¿Mamando?

SR. JUAN. He querido decir durmiendo y soñando que mama.

IRE. ¿Y piensa usté darlo a criar?

SR. JUAN. Sí; es decir, yo no; pero lo ha pensao un amigo que se ha encargao de buscar el ama Entretanto se tendrá que contentar con el biberón que me ha regalao el mismo amigo.

PAB. Hay buenas almas.

SR. JUAN. Sí, muy buenas; pero éste es tan sinvergüenza que me ha mandao el botellín vacío, ¿sabes?, y gracias a que ha venido por aquí tu hermana y me ha hecho el favor de ir a que lo llenen.

PAB. ¿Ha venido Lorenza?

SR. JUAN. Y por cierto que se debe de haber encontrao en el camino con el novio, porque se le ha olvidao que la criatura pué tener hambre.

PAB. ¿Y el ama montañesa no ha venido?

SR. JUAN. (Ya te vas quemando.) Sí; a conocerme y a despedirse del muñeco.

PAB. ¿Y no le ha dicho a usté nada?

SR. JUAN. ¿A mí? ¿Por qué? ¿Es que tenía que decirme algo?

IRE. Tié razón el señor Juan; ¿qué tié que decirle?

PAB. Como ella creía que el chico tenía un padre y se ha encontrao con dos; es decir, se ha encontrao con otro...

SR. JUAN. Pues se conoce que no la ha chocao o que no la importa, porque me ha dao recuerdos de Florita, la ha dao un beso a la criatura y se ha ido...

IRE. ¡Vaya con el señor Juan! ¡Recuerdos de Florita!

PAB. La mujer cumple.

SR. JUAN. Claro que cumple. (Pero tú del dote ni palabra.) Aunque lo de los recuerdos estaba de más, porque ya me ha mandao uno pa toa la vida.

PAB. Hombre, a propósito de eso de toa la vida, quería yo hablarle, y aunque no corre prisa, ya que se tercia...

SR. JUAN. Sí, hombre, sí; habla lo que quieras, porque no vale la pena de hacer una visita pa no hablar de nada.

PAB. El caso es que no sé cómo empezar.

SR. JUAN. ¿Tan delicao es el asunto?

PAB. Es delicao y no es delicao, según se mire.

SR. JUAN. Bueno, pues tú dirás. (Aquí están las cien mil pesetas.)

PAB. Si viera usté que así de pronto...

IRE. Mire usté, señor Juan, yo lo explicaré en cuatro palabras, porque ya está visto que éste no rompe.

SR. JUAN. No rompe, no; se ha vuelto corto de genio de repente.

IRE. Aquí toa la cuestión está en que yo soy una tonta.

SR. JUAN. Pues también has cambiao.

IRE. Sí, señor; una tonta, que en cuanto se me pasa el primer arranque todo el mundo hace de mí lo que le da la gana.

SR. JUAN. ¿Todo el mundo? ¡Pues se va a divertir Pablo!

PAB. No lo eche usté a broma, que es cosa muy seria.

SR. JUAN. Ya te lo diré cuando me entere.

IRE. En cuanto le trajeron a usté el niño, mi padre y éste empezaron a mosconear y a sermonearme, y usté no sabe lo pesaos que se ponen los dos cuando toman un tema.

SR. JUAN. ¿Y a qué vino el sermón?

IRE. A que si aquello que se hacía estaba bien o estaba mal hecho, porque usté, que es un hombre solo y sin posibles, no iba a poder sacar adelante a la criatura y que para eso mejor era haberlo dejao en el torno...

SR. JUAN. ¡Qué buen corazón tienen éste y tu padre!

PAB. Natural. Nos enfadamos mucho con usté cuando debíamos enfadarnos; pero al fin y al cabo no somos de piedra.

SR. JUAN. Bueno; pero, en resumidas cuentas, ¿qué es lo que habéis pensao?

PAB. Que lo diga ésta.

IRE. Pues habían pensao, que ya que usté había tomao el nombre de éste y la madre creía que usté era éste y hasta puede que el chico, si está bautizao, se llame como éste, pues... que parece un cargo de conciencia desamparar a un pobre ser que no tiene la culpa.

SR. JUAN. ¡Rediez! ¿Y te han convencido?

IRE. Ni me han convencido ni me han dejao de convencer; pero como una tiene también buen corazón y está probao que éste no ha tenido arte ni parte en el asunto...

SR. JUAN. Total; que adoptáis al angelito.

IRE. ¡Quiá, no, señor! ¡Eso de ninguna manera! Hasta ahí no me da a mí la gana que lleguemos.

SR. JUAN. Pues entonces...

PAB. De lo que se trata es de que usté diga al ama pa que se lo escriba a la madre, que, aunque no viva con nosotros, porque eso no pué ser, el niño corre de nuestra cuenta.

SR. JUAN. ¿Y tú qué dices?

IRE. ¿Qué quiere usté que diga? Que me da mucha lástima el angelito, y como nunca ha de estar en casa...

SR. JUAN. Sí, claro. Ya está visto que no somos nada, porque hay que ver cómo cambia la gente en un par de horas. ¡Ya se os ha pasao la furia y por poco pedíais el divorcio!

PAB. Hay que ponerse en la razón.

SR. JUAN. Sí, hombre; en eso estamos.

IRE. Bueno, ¿y a usté que le parece!

SR. JUAN. Pues me parece, que si esto me lo hubiérais dicho hace poco, cuando no sabía lo que sé, no hubiéramos pasao adelante; pero ahora, para tener tranquila la conciencia y que no se pueda decir nunca que soy lo que no soy, digo que sí, que la carga era pa mí un poco pesada y pué que se me desgraciara la criatura. De modo y manera que renuncio al papel de padre y hasta otra.

PAB. ¿Tú le entiendes, Irene?

IRE. Yo no.

SR. JUAN. Ni falta que os hace. Ahora mismo os podéis llevar al chico, y cuando venga la Lorenza con el biberón se lo doy al perro.

PAB. Señor Juan, no es pa tanto.
IRE. ¡Por Dios! No corre prisa.
SR. JUAN. A vosotros no, pero a él sí, porque tié que saber pronto dónde mama.
IRE. Pero lo primero es decírselo a mi padre.
PAB. Sí, porque él es el que tiene más empeño y saldrá en seguida pa la agencia.
SR. JUAN. Pues ya estáis picando a decírselo a Lucas.
PAB. Que usté lo pase bien, y usté perdone la molestia.
SR. JUAN. Hombre, tú eres el que tié que perdonar la trastada... y no sabéis cuánto os he agradecido la visita.
IRE. Adiós, señor Juan; ¡mire usté que haberme convencido! Ya le dije a usté que era tonta.
SR. JUAN. No te apures, que a todo hay quien gane. Aquí me tés a mí, sin ir más lejos.
PAB. Hasta cuando usté quiera.
SR. JUAN. Hasta que os lleve al hijo de mis entrañas. (Vanse Irene y Pablo.) Pues, señor, es una familia de frescos. Y dice que el que más empeño tiene es Lucas... Eso es que le va mal en la droguería y le ha trastornao la historia de los veinte mil machacantes. Pero ése, ¿estará mamando todavía o se habrá dormido también la pasiega? (Suena el timbre.) ¡Ah! la del biberón. ¡Miá que si hubiera hecho mucha falta. (Sale a abrir y vuelve con Epifanio.)

ESCENA VI

SR. JUAN, EPIFANIO.

SR. JUAN. ¡Calla! ¿Eres tú? Ya no me acordaba.
EPIF. Pues yo soy, pa servirle.

SR. JUAN. ¿No te has encontrao al matrimonio en la escalera?

EPIF. A ver qué remedio, si salían de aquí cuando yo entraba.

SR. JUAN. Les habrá chocao que vinieras.

EPIF. A Pablo no, porque demasiao sabía él a lo que vengo. A la Irene la he dicho que le traía a usté un recao que habían dejao pa usté en la tienda, y que era tan urgente que me había dao permiso el señor Lucas.

SR. JUAN. ¡Sí que os habéis acostumbrao a los embustes tóos los de la casa! Bueno, y de lo nuestro, ¿qué hay?

EPIF. Pues... que tengo que darle a usté una mala noticia.

SR. JUAN. ¡Vaya por Dios!

EPIF. Que como se conoce que hay escasez de amas, cuando yo he llegao ya estaba comprometida la del anuncio. Y me parece que no he podido ir más pronto.

SR. JUAN. Sí que tié mala pata el chico. Tóo se le pone en contra. Estoy viendo que le tié que criar con biberón el amigo Lucas.

EPIF. ¡Cómo! ¿El señor Lucas?

SR. JUAN. Sí, porque ahora resulta que a Pablo y a su suegro les ha entrao un cariño muy grande por la criatura.

EPIF. ¡Claro!, como que la sangre tira.

SR. JUAN. Tira la sangre y tiran otras cosas. Y parece ser que entre los dos han convencido a Irene y han quedao en quitarme ese peso, mejor dicho, esos pesos de encima.

EPIF. ¿Cómo pesos?

SR. JUAN. El del biberón y el del chico.

EPIF. ¡Me deja usté asombrao!

SR. JUAN. ¡Como que es pa asombrarse!

ESCENA VII

Dichos, PASCUALA.

PASC. Ya se ha vuelto a quedar cuajadito el ángel de Dios. ¡Como que es más bueno!...

EPIF. ¡Ah! Pero ¿estaba aquí todavía el ama?

SR. JUAN. Aquí estaba, y por lo que se ve también se había quedao cuajadita.

PASC. ¿Quién? ¿Yo? ¿Dormirme? Yo no me duermo nunca con un niño en brazos. No he querido salir antes, aunque se me está pasando la hora del huevo, porque estaban ellos aquí.

SR. JUAN. ¡Ah! ¿Usté los ha oído?

PASC. Y los he visto, ¡como que el cuartito es una jaula! Y miré usté, no me he reído con más ganas en toda mi vida.

SR. JUAN. Pero ¿se ha enterao usté de la conversación?

PASC. Sí, señor; no porque me haya puesto a escuchar adrede, porque eso no me gusta; pero como el tabique es de cartulina...

SR. JUAN. Pues ello no era cosa de reirse.

PASC. Pa mí sí, porque veo que han picao en el cebo de los veinte mil duros, y los he pescao como unos salmonetes.

EPIF. (¡Arrea! ¿Qué dice esta mujer?)

SR. JUAN. ¡Cómo! Pero ¿no es verdá que Florita...?

PASC. La señorita Flora es tan oficiala de modista en Santander como en Madrid, ¡y qué más quisiera ella que tener un hotel en el Sardinero!

SR. JUAN. De modo que aquello del indiano...

PASC. El indiano es otro carpintero como e

de aquí, con seis pesetas de jornal, que la ha pedido relaciones pa casarse con ella, con la condición de que mande el chico a su padre.

SR. JUAN. Ama, no entiendo a qué ha venido entonces toda esa historia.

PASC. Pues ha venido a eso, a que yo me muera de risa.

EPIF. (Sí que está bien la trampa. ¡Cristo con la pasiega!) Bueno, señor Juan; si usté no me manda otra cosa, yo tengo que hacer en otra parte y aquí estorbo.

SR. JUAN. Tú no estorbas nunca, Epifanio.

EPIF. Si de algo le puedo a usté servir...

SR. JUAN. Gracias, hijo, gracias; da muchos recuerdos.

EPIF. Quede usté con Dios, ama.

PASC. Vaya usté con Dios, joven

EPIF. (¡Tié gracia, que les ha pescao como salmonetes!) (Vase.)

SR. JUAN. Antes que se me olvide, ¿cómo se llama usté?

PASC. Pascuala es mi gracia, pa servirle.

SR. JUAN. ¡Pues la ha hecho usté buena, Pascuala!

PASC. ¿Por qué?

SR. JUAN. ¿Usté no conoce a ese pollo que acaba de marcharse?

PASC. ¡No le he de conocer! El dependiente de la droguería.

SR. JUAN. Pues ya comprenderá usté que antes de cinco minutos saben allí la verdá de lo del dote.

PASC. Pa eso lo he dicho delante de él, pa que se lo cuente. Porque ya que el señor Pablo se ha animao a llevarse al hijo, bueno es que sepa que se lo lleva solo, pa que luego no me atosigue creyendo que yo me he guardao algo.

SR. JUAN. Pero entonces, ¿a qué vino la historia?

PASC. Mire usté, buen hombre; yo comprendí en seguida, porque muy tonta tenía que ser pa no comprenderlo, que el padre no era usté, sino el otro; pero que el otro lo tenía que negar por haberse casao con otra, y como no era justo que usté cargara con la culpa, porque, además, la señorita Flora no lo hubiera consentido..., pues me acordé de lo que le pasó a una muchacha de mi pueblo y se me ocurrió hacer una cosa parecida.

SR. JUAN. A ver, a ver, cuente.

PASC. Pues a la muchacha que digo la comprometió un hombre, que luego no quiso cumplir como era debido, y entonces fué la madre y empezó a correr la voz de que la chica había heredao de un tío de América; ¿usté comprende?

SR. JUAN. Sí, sí; comprendo. Y entonces el amigo se acordó de su palabra.

PASC. Justo; y cuando se averiguó que no había tal herencia ya estaban casaos, y luego fueron muy felices.

SR. JUAN. ¡Vaya con la Pascuala y qué ocurrencias tiene! Pues, mire usté, me alegro.

PASC. Y yo; porque así quedan las cosas como deben, y nadie pué decir que a la Pascuala la han tomao el pelo, como ustedes dicen.

SR. JUAN. ¡Sí, sí! ¡Cualquiera le toma el pelo a la Pascuala! (Suena el timbre.) Voy a abrir, con su permiso.

PASC. Y yo me marcho, que estoy faltando a mi obligación y pué que el otro haya cogido una perra.

ESCENA VIII

JUAN, PASCUALA, LORENZA.

LOR. Usté dispense si he tardao, pero al salir de la lechería me he encontrao...

SR. JUAN. No tiés ná que decirme. No se pué tener novio.

LOR. Menos mal que está aquí el ama.

SR. JUAN. ¡Como que si no se la hubiera ocurrido venir, le hubiera yo tenido que callar con la lechuga del grillo!

PASC. Sí que ha sido casualidá. De modo que lo dicho; si algo se le ofrece, en la otra casa tienen mis señas.

SR. JUAN. Muchas gracias por todo.

PASC. No hay de qué darlas; yo no he hecho más que cumplir el encargo. A la paz de Dios, joven.

LOR. Vaya usté enhorabuena.

PASC. Y usté a ver lo que hace, no vaya a malgastar tontamente los veinte mil duros. Servidora. (Vase.)

LOR. ¿Qué veinte mil duros son esos?

SR. JUAN. Nada; una bromita de la Pascuala, que tiene un humor que paece mentira.

LOR. Bueno, pues usté me dirá dónde pongo esto.

SR. JUAN. Pues eso, si lo quiés dejar pa que yo tome el desayuno, lo dejas; pero lo mejor será que te lo lleves, porque no me hace falta.

LOR. ¿Que no? Pues ¿qué ha pasao? ¿Ya no tiene usté el niño?

SR. JUAN. Lo tengo, pero por un rato no más, porque me lo reclama Pablo, que ha estao aquí hace un rato con Irene.

LOR. ¿Mi hermano?

SR. JUAN. Justo. Iban a mandar a Nicolasa por él, pero ya que se presenta la ocasión, mejor es que lo lleves tú.

LOR. La verdá, no sé qué pensar; pero puesto que usté, que es una persona formal, lo dice tan serio...

SR. JUAN. Espera un momento, que debe de estar dormido y así te molestará menos... Salgo en seguida. (Vase.)

LOR. Pues, señor, bien; esto de que Pablo quiera hacer un favor tan grande al señor Juan pué tener su explicación; pero lo que no entiendo es que se lo consienta la Irene.

(Vuelve a salir Juan con el niño.)

SR. JUAN. Aquí tienes este rollito de manteca. Cógelo con cuidao, que se escurre.

LOR. ¡Qué mono es! A ver si se me despierta en el camino.

SR. JUAN. No es fácil, porque acaba de almorzar fuerte. Pero en último caso echas mano del biberón, que pa eso lo llevas. Anda con Dios y que Él te lo premie... Espera que te abra. ¡Miá qué suerte! Aquí tienes a Lucas, que viene que ni pintao pa que te acompañe.

ESCENA IX

LORENZA, SEÑOR JUAN, SEÑOR LUCAS.

SR. LUCAS. ¿Qué es esto? ¿Dónde vas tú con el chico?

LOR. A su casa de usté. Me ha encargao e señor Juan que se lo lleve.

SR. LUCAS. ¡Hombre, me gusta! ¿Y a ti quién te lo ha dicho?

SR. JUAN. ¡Vaya una pregunta! Tú mismo, si no me han engañao Irene y Pablo, que acaban de marcharse.

SR. LUCAS. ¡Vamos, hombre! ¿Con que Irene y Pablo? Tú estás malo de la cabeza. (A Lorenza.) Trae esa criatura.

LOR. Le advierto a usted que yo..

SR. LUCAS. No me digas nada. Venga el biberón. Tú, ahí tienes las dos cosas.

SR. JUAN. Pero, ¿qué estás diciendo? ¿No eras tú el que tenías más empeño?

SR. LUCAS. ¿Yo? ¡Se necesita no conocerme! Lo que hay es que mi yerno tié un corazón de pastaflora y mi hija de a feñique, y se me han puesto tiernos; pero yo les he convencido de que no se puén hacer disparates cuando se tienen tantas obligaciones encima.

SR. JUAN. ¿Con que disparates, eh? Mira, Lucas, estaba por echarlo todo a rodar; pero no quiero, porque lo pagaría este desdichao que no tié la culpa... ¿Tú has hablao con Epifanio, verdá?

SR. LUCAS. No; yo no he visto a Epifanio.

SR. JUAN. ¡Mentira! Y porque has hablao con él vienes aquí con estas ínfulas a darme a entender que no tiés vergüenza.

SR. LUCAS. Juan, mira lo que dices.

SR. JUAN. Ya está mirao. Ni tú ni la otra pareja de tórtolos. Dios los cría y ellos se juntan. ¡Canallas! ¡Descastaos! ¡Granujas!

LOR. ¡Señor Juan!

SR. LUCAS. ¡Miá que no me contengo!

SR. JUAN. No te contengas, hombre. Lo dicho está dicho, porque tú sabes como yo que este chico es de Pablo, que yo mehabía sacrificao pa qu efuera feliz tu hija, y cuando has creído que con éste iba una fortuna, quisiste quitármelo, y cuando te has enterao de que lo del dinero era una comedia vienes a devolvérmelo.

SR. LUCAS. ¡Juan!

SR. JUAN. Ya estáis picando pa la calle, que ni éste ni yo os necesitamos pa nada, y si me encuentras alguna vez no me saludes, porque te parto la cabeza.

SR. LUCAS. Vámonos, Lorenza, que está loco.

LOR. ¡Jesús, Dios mío!

SR. JUAN. Pero que a escape si no queréis bajar rodando por las escaleras... ¡Hala! ¡Hala!

SR. LUCAS. Pero escucha...

SR. JUAN. ¡He dicho que hala! (Los echa a patadas y empujones y cierra.) ¡Ajajá! ¡Fuera morralla! ¡Fuera gentuza! Y tú no te apures, que aquí estoy yo pa criarte como Dios me dé a entender y pa hacerte un hombre de provecho, mientras con esos sabe Dios adónde hubieras ido a parar, hijo de mi alma. ¡Sí! Mi hijo, mi hijo. Ahora no eres hijo de tu madre, que te envía como un fardo, ni de tu padre, que te deja sólo pa que te mueras. Eres el hijo del señor Juan, que es una persona decente, y que pa que tú te distraigas tié aquí el gurrión, el grillo y el perro... ¡Rediez! Paece que se rebulle... No, hijo, no; tú no te asustes, duerme, descansa... (Canturreando.)

Este niño chiquito
no tiene madre;
le parió una gitana,
le echó a la calle.
Este niño chiquito
no tiene cuna;
su padre es carpintero,
que le haga una...

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.

El grillo, periódico semanal, ídem id. íd.

La gente menuda, ídem id. íd.

El baile de máscaras, ídem íd. íd.

Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

La señá condesa, juguete cómico en un acto y en verso.

La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.

La moral casera, comedia en dos actos y en verso.

La lavandera, sainete en un acto y en verso.

Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La obra, juguete cómico en un acto y en verso.

El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La revista nueva o la tienda de comestibles, sátira en un acto en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.

La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.

Sociedad secreta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Carlos Arniches, D. Celso Lucio y D. Fernando Manzano, música del maestro Brull.

La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.

Los pájaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.

El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.

El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.

La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto, en prosa y verso, música del maestro Marqués.

La reina de la fiesta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Torregrosa.

Los inocentes, revista en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés.

La madre abadesa, boceto lírico en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Brull y Torregrosa.

La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.

Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope

El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La espuma, comedia en un acto y en prosa.

El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.

Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Montero.

Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos.

El siglo XIX, revista lírica en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva y D. Carlos Arniches, música del maestro Montesinos.

Jaque a la reina, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montero.

Don César de Bazán, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Montero.

Tierra por medio, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Chapí.

Quo vadis....?, zarzuela de magia disparatada en un acto, en verso y prosa, música del maestro Chapí.

Las caramellas, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Morera.

¡Plus ultra! (segunda parte de la zarzuela de magia disparatada *Quo vadis...?*) en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La leyenda dorada, revista fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Su Alteza Imperial, zarzuela en tres actos, en verso y prosa, música de los maestros Vives y Morera.

El rey mago, cuento para niños, en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La obra de la temporada, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Valverde, hijo.

El placer de los dioses, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Pérez Soriano.

El paraíso de los niños, zarzuela fantástica infantil, en un acto, prosa y verso, en colaboración con D. Carlos Arniches, música del maestro Valverde, hijo.

La tribu malaya, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Vives.

La Infanta de los bucles de oro, cuento infantil, en cuatro cuadros y en verso, música del maestro Serrano.

Los bárbaros del Norte, zarzuela fantástica en ocho cuadros, en verso y prosa, música de los maestros Chapí y Valverde

Mari-Gloria, boceto de comedia lírica, en un acto y en prosa, música de los maestros Valverde.

El carro de la muerte, zarzuela fantástica extravagante en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música del maestro Barrera.

La balsa de aceite, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

El talisman prodigioso, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en cinco cuadros, en verso, música del maestro Vives.

La ilustre fregona, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa, música del maestro Calleja.

Las calderas de Pedro Botero, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, música del maestro Chapí.

La moral en peligro, zarzuela en un acto, dividido en dos cuadros, en prosa, música del maestro Lleó.

El diablo con faldas, comedia con música en un acto y en prosa, música del maestro Ruperto Chapí.

Cabecita de pájaro, cuento infantil en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa.

El bebé de París, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

Faldas por medio, sainete trágico en un acto y en prosa.

La perla del harem, cuento de damas, con adornos musicales del maestro Calleja.

Mano de santo, zarzuela en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa, música de Rafael Calleja.

Sansón y Dalila, comedia en dos actos y en prosa.

Gloria in excelsis, revista fantástica en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de Amadeo Vives.

El palacio de los duendes, zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de Vives y Serrano.

Las dos reinas, zarzuela en un acto, dividido en siete cuadros, música de Rafael Calleja y Tomás Barrera.

Barbarroja, zarzuela en un acto, música del maestro Serrano.

Nuestro compañero en la prensa, comedia en dos actos y en prosa

La revolución desde abajo, comedia en dos actos y en prosa.

La tabla de salvación, zarzuela en un acto, dividido en cinco cuadros, música del maestro Lleó.

El libro del destino, zarzuela en un acto, música del maestro Lleó.

La autoridad competente, comedia en tres actos y en prosa.

La ley del embudo, zarzuela fantástica en un acto, dividido en cinco cuadros, música de Amadeo Vives.

El retablo de Maese Pedro, comedia en dos actos y un prólogo, en prosa.

Salud y pesetas, sainete en dos actos, en prosa.

El botón de nacar, comedia de magia en dos actos y un prólogo, con música de Pablo Luna.

Himno al amor, capricho fantástico musical en dos actos, música de Julio Gómez y M. Alonso Valdrés.

Justicias y ladrones, zarzuela en dos actos, en prosa, música de Juan Ver y Reveriano Soutullo.

Las garras del demonio. comedia de magia en un prólogo y tres actos, en prosa y verso.

El anillo de los faraones, cuento infantil en un acto, dividido en nueve cuadros, en prosa, música de Emilio Acevedo.

Mi único amor, comedia en dos actos, en prosa.

Su Alteza se casa, zarzuela en un acto y en prosa, música de Pablo Luna.

La maga de Oriente, zarzuela en un acto y en prosa, música de Serrano y Rosillo.

¡Hijo de mi alma! sainete en tres actos y en prosa.

Precio: 3 pesetas